

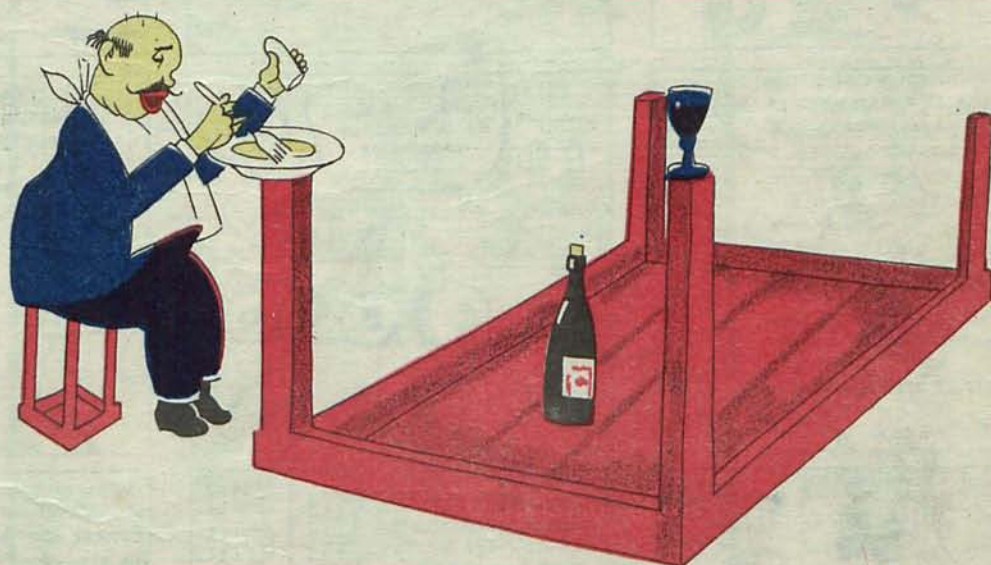
PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

AÑO II
NUM 47

40 Cents.

10 ENERO
1926



PINOCHO EN LA ISLA DE LA "CARABA"

Ayuntamiento de Madrid

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIÁN.—ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.—SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 20 PESETAS. OTROS PAÍSES: AÑO 30 PESETAS.



PELAGIO CARAMILLO Y FAMILIA



EXPLICACIÓN DE LOS DIBUJOS DE LA CUBIERTA

PINOCHO EN LA ISLA DE «LA CARABA»

Todo son sorpresas para nuestro Pinocho en la famosa isla de «La Caraba».

Un día ve que en lugar de remontar las cometas, como en todas partes, aquí son las cometas las que remontan a los chicos.

Luego ve que un buen señor está comiendo con la mesa y el asiento patas arriba y pinchando la sopa con tenedor.

Y, por último, se encuentra a un paciente y carabesco pescador que, metido en el agua, echa el anzuelo en la orilla. ¿Qué pescará? ¡Como no sea un reuma!...

(Continuará en el número próximo.)



PINOCHO Y LOS DEPORTES



Crónica deportiva.

POR DUX.

Comienza la segunda fase de los campeonatos regionales de Fútbol (exceptuemos a Guipúzcoa, que juega cuatro vueltas, y a Cataluña, que aún no ha comenzado), y aún no puede asegurarse ni, más aún, vislumbrarse cuáles equipos puedan ser los campeones regionales.

En la región Centro se ha dado un nuevo caso de inconsecuencia futbolística.

La «Gimnástica», que un domingo anterior venció al «Madrid», que iba a la cabeza de la puntuación, empató —y de qué manera!— con la «Unión», que iba el último. Se habló hasta ahora, al tratar de las carreras de caballos, tachándolas de mutables en los resultados, y se hizo célebre la frase de «La gloriosa incertidumbre del Turf». Pues bien: ¿qué decir del Fútbol? En Boxeo, en Athletismo, en casi toda clase de competiciones de carácter deportivo, la lucha de un adversario fuerte y uno débil arroja un resultado con un 95 por 100 de probable victoria para el fuerte. Pero en Fútbol no ocurre lo propio; el enemigo pequeño, animado por un extraño entusiasmo, se crece de manera que no sólo logra la victoria, sino que también se impone en el terreno de juego, dominando con rara superioridad.

Bien es verdad que la confianza que los poderosos ponen al luchar con los pequeños es la causa de sus fracasos.

El «Arenas», de Bilbao (Guecho), se hunde en el campeonato vizcaíno, y se hunde por descuidar su alineación frente a los enemigos débiles.

La figura deportiva del «Athletic» bilbaíno quizás sea la única que se destaca. El resto de los presuntos campeones aún siguen en el infuso montón del anónimo.

De boxeo, mis pequeños amiguitos, sólo puedo deciros que cuando leáis estas líneas ya habremos visto el combate Ruiz-Ciclone, y faltarán pocas horas para presenciar el «match» Jonnes-Paulino.

Jonnes es un adversario de tal categoría, que cuenta en la lista de sus vencidos a Tunuey y a Gibbons, los «challengers» al título de campeón del mundo de todas las categorías.

Carpentier en *L'Echo des Sports* y Breiteustratter en *Die Hamburgo Gazette* han hecho declaraciones respecto al poderío de Paulino. Ambas son tan lisonjeras para nuestro compatriota, que puede asegurarse que su situación es envidiable.

Spalla, el campeón europeo, ha presenciado también el encuentro de Paulino con el campeón alemán. Se conoce que está haciendo un estudio de su adversario para cuando le llegue «su hora».

Los alpinistas se preparan para comenzar sus proezas en cuanto la nieve de Guadarrama esté en las debidas condiciones.

En el próximo mes de febrero se celebrará en Navacerrada el campeonato de «skis» de España, y seguramente será una grandiosa manifestación del deporte de la nieve en España, pues diversas entidades alpinistas, especialmente de Cataluña, han anunciado su inscripción.

Se van conociendo los detalles del raid aéreo España-Argentina, que dará comienzo en la primera quincena de este mes. El recorrido de ida será de una extensión de 10.000 kilómetros, y el de regreso, de 1.545, haciendo la proeza una suma total de 20.545 kilómetros.

Realmente, la estación no es lo más a propósito. La importancia del raid es más política que aviatoria, pues la travesía del Atlántico, que en esta ocasión se hará de Cabo Verde (África) a Pernam-

bucu (América), se ha llevado a cabo con éxito en cuatro ocasiones, una de ellas por el malogrado aviador portugués Sacadura Cabral.

El cazatorpedero *Alcedo*, construido en los arsenales españoles, seguirá la ruta del avión, por si les fuese menester algún auxilio.

Realmente el noble intento de estos dos bravos aviadores españoles, Franco y Ruiz de Alda, es digno de todo elogio; vosotros, pequeños lectores, debéis seguir por medio de los diarios la proeza de estos compatriotas que llevan nuestro saludo a nuestros hermanos de América.

Las etapas de que constará el raid serán éstas:

Primera. Cádiz-Las Palmas, 1.275 kilómetros.

Segunda. Las Palmas-Porto Praya, 1.700.

Tercera. Porto Praya-Pernambuco, 2.800.

Cuarta. Pernambuco-Rio Janeiro, 2.000.

Quinta. Río Janeiro-Buenos Aires, 2.225, que hacen un total de 10.000 kilómetros.

Las etapas para el regreso serán:

Primera. Buenos Aires-Rio Janeiro, 2.225 kilómetros.

Segunda. Río Janeiro-Pernambuco, 2.035.

Tercera. Pernambuco-Fernando Noronha, 54.

Cuarta. Fernando Noronha-Bissao, 2.550.

Quinta. Bissao-Las Palmas, 1.920.

Sexta. Las Palmas-Cádiz, 1.275.

Lo que parece una narración de fantásticas aventuras, pronto va a ser una realidad.

En Villafranca de Oria

En el campo de Sempere contendieron en partido de campeonato el «Beasain F.C.» y el «Club Deportivo Santa Ana» de esta villa.

Venció el «Beasain F.C.» por 2 «goals» a 0.

En el campo de Jáuregui, de Zumárraga, jugaron en partido de campeonato el «Zumárraga F.C.» y el «Gorri Sport», de Villarreal.

Ambos equipos empataron a cero.

PEDRO BEITIA.

En Buenos Aires.

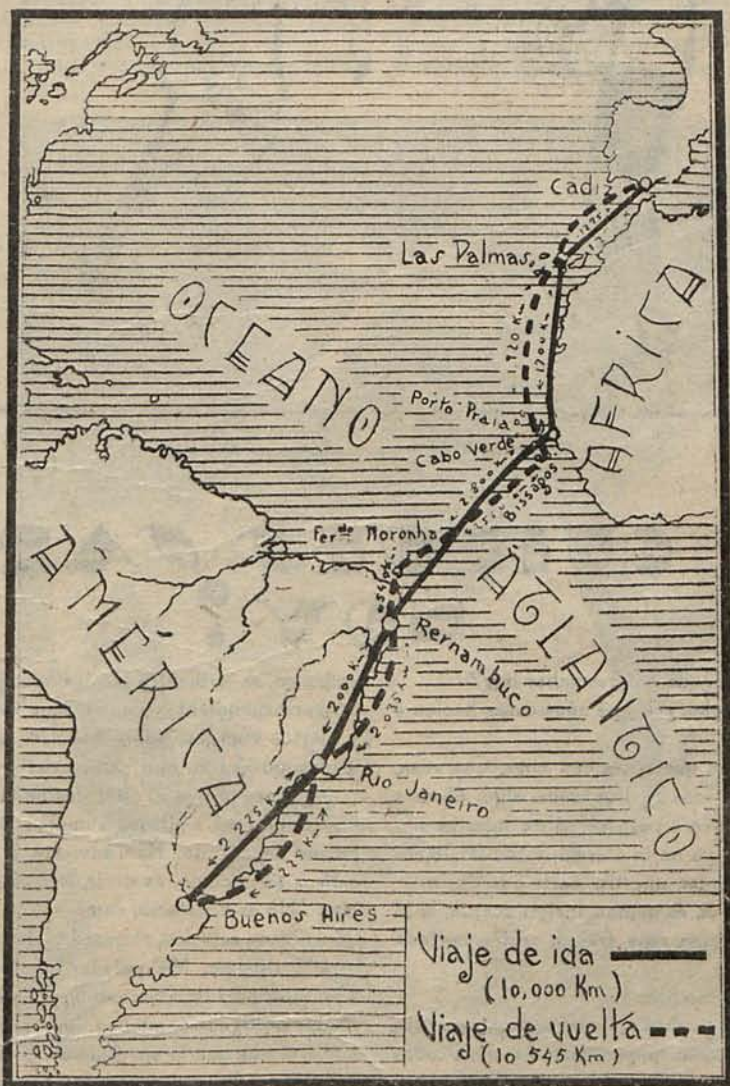
«Pinocho A», 3; «Pequeño Raing», 1.

«Pinocho» formó así: Lucarelli; Inzúa y Barcus; Lagarde. Dacal y Tovecioni; Linari, Artigas, Rieti, Lagarde y Lucarelli.

Primero, Vicente Lagarde señaló el primer «goal»; luego, Artigas, se encargó en marcar dos tantos más.

«Pinocho B», 4; «Pequeño Raing», 0.

«Pinocho» se acreditó una fácil victoria, marcando en buena forma los «goals»; Céspedes, 2, Tovecioni, 1 y Riciarde, 1.



Croquis del raid aéreo Cádiz-Buenos Aires, que van a llevar a cabo dos bravos aviadores españoles.



«Pinocho» formó así: Hortal; Martínez, Rostey; Brussa, Tovecioni, Carri; Kalmuca, Ricciardi, Condarco, Zeliz y Céspedes.

«Wanderers», 2; «Sp. Nacional», 0.

«Wanderers»: Ríos; Modesto y Alegrina; A. Mannetto, F. Joaquín y Asenzo; Masucheli, Labate, Siorciari, Coy y Bardelli. Marcaron los «goals»: Siorciari y Bardelli.

«Pinocho A», 3; «Blanco y Negro», 3.

Fué éste un parejo partido. Abundaron en él muchas buenas jugadas.

«Pinocho» jugó con varios suplentes, formando así:

Lucarelli; Inzúa y Anselmi; Olibari, Dacal y Lagarde; Lupi, F. Lucarelli, Rieti, G. Lucarelli y Céspedes.

Marcaron los «goals»: Rieti, 1; G. Lucarelli, 1, y Dacal, 1.

«Pinocho B», 1; «Buenos Aires», 2.

Resultó interesante en el primer tiempo; pero decayó por completo en el segundo. El único «goal» de «Pinocho» lo marcó Nicoloso.

«Pinocho» formó así: Domínguez; Martínez y Rostey; Tovecioni, Panza y Carry; Kalmuco, Pérez, Nicoloso, Zeliz, y sin «guing», pues se jugó con diez jugadores. Faltaron hoy muchos que se fueron a jugar en otros lados, y tendrán en premio, es pavotes, la expulsión total del Club; por lo pronto ya lo hemos resuelto.

FÉLIX ZANCÍVAR.



Una parada del portero por Pedro Sangro. Madrid.

Crónica pugilística.

Le envío la crónica de un festival pugilístico que se realizó en Dolores, provincia de Buenos Aires (República Argentina).

El número principal del festival fué el «match» entre Jerónimo Vernier (francés) y Claudio Arévalo (argentino), a 10 «rounds».

Después de varios interesantes «matches» subieron al ring los boxeadores: E. Casanova, de Buenos Aires, y René Doumic, campeón local, pelea que era a 5 «rounds», siendo referé el profesional N. Millán.

El primer «round» fué movido, venciendo Casanovas, que derribó por 9 a Doumic.

Siendo el segundo el más parejo.

En el tercero Doumic es derribado 23 veces. En la segunda, al levantarse y caer de nuevo, el referé Millán suspende la lucha, dándole el tiempo a Casanovas.

El referé, bien. En el «match» de fondo triunfó Arévalo por puntos. Ambos boxeadores se comportaron bien. Se advirtieron algunos «fauls» de Vernier, que golpeó en la nuca, aunque fueron sin efecto. Advertido Vernier, no aplicó más esos golpes.

Es criticable la actitud del público, que molestó continuamente al boxeador francés. Nunca faltan fanáticos.

H. BACKY.

Trece años.

Bolsa de jugadores pinochistas.

Manolito Martín Fornoza, Madrid. Quiere jugar en un equipo pinochista, bien de extremo derecha, bien de interior izquierda.



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?

—Hoy quisiera saber, amigo buho, por qué unas cosas huelen y otras no.

—Ello lo sabrás fácilmente. Para que huela una cosa, una rosa, por ejemplo, es preciso que de la rosa se desprenda algo, átomos insignificantes, sustancias que vienen a posarse sobre nuestra nariz. Si la rosa está seca, bien seca, ya no la oleremos tan fácilmente y necesitaremos, para ello, acercar nuestra nariz a la flor marchita. La emanación en la rosa seca, es menor, insignificante, si la comparamos con la emanación de una rosa fresca, recién cortada de su tallo.

—Pero una rosa marchita huele también.

—Huele, sí; pero ya te he dicho: huele mucho menos que una rosa fragante. En realidad, todas las cosas huelen, más o menos; todas las cosas exhalan partículas olorosas. Ahora que hay sustancias, como el aire y el agua, que no huelen nada, por la sencilla razón de que estas sustancias no ejercen sobre los nervios del olfato la menor influencia.

—Luego ya existen cosas que no huelen.

—Sí, el agua y el aire; pero lo demás, las demás cosas huelen, poco o mucho.

—¿Y todas huelen lo mismo?

—Tú sabes que no es así, querido Chonón. Tú sabes que una pizca de almizcle, por ejemplo, puede saturar con su olor una habitación durante años. En cambio, un ramo de claveles, no mantendrá durante tanto tiempo el perfume. Por otra parte, los olores se diferencian, no sólo por su intensidad, porque sean más o menos fuertes, sino también por la calidad del olor. No huele lo mismo la rosa que el cloroformo. Las diferencias de olores, depende, desde luego, de las sustancias de que estén compuestos los cuerpos olorosos. Sin

embargo, se encuentra ciertas semejanzas. Así vemos que las plantas correspondientes a una misma familia tienen olores semejantes, y ciertos cuerpos, sobre todo los que contienen alguna parte de azufre, poseen un olor característico.

—¿Crees tú que el olfato es un sentido indispensable?

—Todos los sentidos cumplen su oficio, y el del olfato no es el menos necesitado. Nos advierte si el aire de nuestra habitación está o no viciado, es decir, si está en buenas condiciones respirables. Ello es necesario, como ves.

—¿Tiene relación el gusto y el olfato?

—Muchísima. Mal paladar ha de tener quien carezca de olfato. Los catadores de vino son unos individuos de un olfato excelente. Están tan ligados aquellos dos sentidos que algunas cosas cuyo sabor creemos que lo apreciamos, como es natural, mediante nuestra lengua, resulta que no es más que una percepción olfativa.

—¿Es posible?

—Y tan posible. Ejemplo: la canela. Para nosotros la canela tiene sabor, ¿no es así? Pues no tiene sabor. Si te tapas la nariz previamente, y tomas un trocito de canela, verás que ésta no tiene sabor alguno. El que antes le asignábamos o percibíamos depende, sobre todo, de su olor.

—Haré la experiencia.

—Y te convencerás en seguida.

—¿Podemos vivir sin olfato?

—Claro que sí. Hay muchas personas, muchísimas, que carecen de aquel sentido. Pero ello es una desgracia. Estarán excluidas, es verdad, del sufrimiento que suponen los malos olores, pero carecen del beneficio de los perfumes y, lo que es más lamentable, del vigia que supone el olfato, vigia que nos dice cuándo el aire es o no respirable.

LOS EXPLORADORES DEL MELORIA

POR EMILIO SALGARI

(Continuación.)

—Y ¿qué es lo que hace burbujear al agua?
—Son los gases.
—¡Eh!, cuidado con encender la pipa —dijo el pescador volviéndose a Miguel y Roberto—. Estamos navegando sobre pólvora...
—¡Sí, valiente polvorín! —añadió el doctor—. Estamos en medio de un gasómetro.
—¿Será este gas como el del alumbrado? —dijo el pescador, asombrado.
—Y del mejor, querido amigo.
—¿No podría recogerse?
—En China, desde hace varios siglos, hacen excavaciones en estos pozos para recoger este gas. También en Salsamaggiore se está recogiendo ahora, y sirve como combustible para cristalizar la sal, ahorrándose de esta forma la leña y el carbón.
El doctor se interrumpió de pronto, alzando rápidamente la cabeza. También los tres pescadores se retiraron de sus sitios y se abrazaron maquinalmente uno contra otro, como para protegerse a su vez contra un peligro desconocido.
A lo lejos se acababa de oír como una especie de zumbido, ronco y pavoroso.
—¿Qué ha sucedido, doctor?
—dijo Vicente.
—Se diría que ha sido una explosión —contestó el señor Bandi.
—O que ha sido la sacudida de un terremoto —dijo Roberto.
—No lo creo.
—¿Por qué, doctor? —dijo Vicente.
—Porque en ese caso las aguas del canal hubieran sufrido las consecuencias de la sacudida, y no se ha producido una sola ondulación en su superficie.
—Pues algo tiene que haber sucedido.
—Ya lo sé.
—¡Mirad! —dijo de pronto Miguel, que se encontraba en la proa.
Todos se volvieron rápidamente, y bajo la oscura bóveda del gran canal pudieron distinguir una especie de relámpago, que se extinguió instantáneamente.
—¿Habéis visto? —dijo Miguel.
—Sí —dijo el doctor, en un tono de voz en el que se adivinaba cierta inquietud.
—¿De qué puede haber surgido ese relámpago? —dijo Vicente.
—Quizá de alguna explosión de los gases petrolíferos.
—¿Por qué se habrán incendiado?
—No lo sé.
—¿Pueden inflamarse solos?
—No es posible.
—¿Entonces...?
—Vamos adelante —dijo el señor Bandi—. Quizá allí mismo tengamos la explicación de este misterio.
—¿No corremos el peligro de morir asfixiados?
—¡Adelante! —dijo el doctor, sin responder a aquella seria pregunta.

CAPITULO VIII

UN GRAN PELIGRO

La canoa, que había sido parada junto a la pared izquierda de la galería, fué dejada en libertad y comenzó a descender lentamente siguiendo el curso que le imprimía la corriente.

Roberto y Miguel cogieron los remos, dispuestos a pararla en el caso de que algún peligro amenazase a los que la tripulaban.

Vicente y el señor Bandi, sentados en la proa, interrogaban ansiosamente las profundas tinieblas que se hacían cada vez más densas bajo la interminable bóveda del túnel, y tenían atentos sus oídos a cualquier rumor que les pudiera dar alguna explicación sobre aquel extraño fenómeno.

Tras aquel estampido y el relámpago nada se había vuelto a ver ni oír. Pero el gas del petróleo seguía aún abundantemente y en las aguas se veían aún sobrenadar serpeando los surcos y filamentos betuminosos.

De vez en cuando se observaban anchas grietas sobre ambas paredes del canal, y dentro de ellas se oía sordos gorgoteos que anunciaban la presencia de nuevas fuentes de petróleo. A intervalos se escuchaban ligeras crepitaciones, producidas probablemente por las fugas de gas.

La canoa avanzaba con infinitas precauciones y habría recorrido ya un kilómetro cuando el doctor advirtió que la temperatura del túnel había aumentado considerablemente. Consultó un termómetro, que tenía colgado en la popa, y vió que señalaba 35° con tendencia marcada a seguir ascendiendo.

Metió una mano en el agua, pero las aguas se conservaban frías.

—Hace calor, ¿verdad, doctor? —dijo Vicente.

—Bastante —contestó el señor Bandi—. Comienzo a sudar.

—¿Habrá sido producido este calor por aquella explosión del gas?

—No se hubiera mantenido mucho tiempo.

—¿Pasaremos entonces por las proximidades de algún volcán?

—El Vesubio está lejos —dijo riendo el doctor—. Creo por el contrario que el canal atraviesa en esta parte alguna región rica en aguas termales; además, no creáis que en los subterráneos y en las minas se mantenga siempre igual la temperatura en las mismas profundidades. La corteza del globo tiene capas excesivamente cálidas y otras bastante frías.

—Yo creía que todas serían iguales en temperatura.

—No, Vicente. Se ha observado, por ejemplo, que en las minas de Amalden, en California, a unos ciento cincuenta

metros de profundidad del suelo, hay sólo una temperatura de 50°, mientras que en otros lugares, sólo a cincuenta metros de la superficie, hay ya una temperatura tan elevada, que apenas pueden trabajar los mineros sin sudar excesivamente. Del mismo modo, en las de Eureka, a cincuenta metros se tiene una temperatura superior a otras que tienen más de trescientos cincuenta.

—¿Hay alguna mina en la cual no puedan trabajar por exceso de calor?

—Hay algunas galerías que no pueden ser trabajadas por ello.

—¿Cuáles son las minas más calurosas?

—Las de «Corastok», en la Nevada, donde señala el termómetro 58° a la profundidad de seiscientos metros.

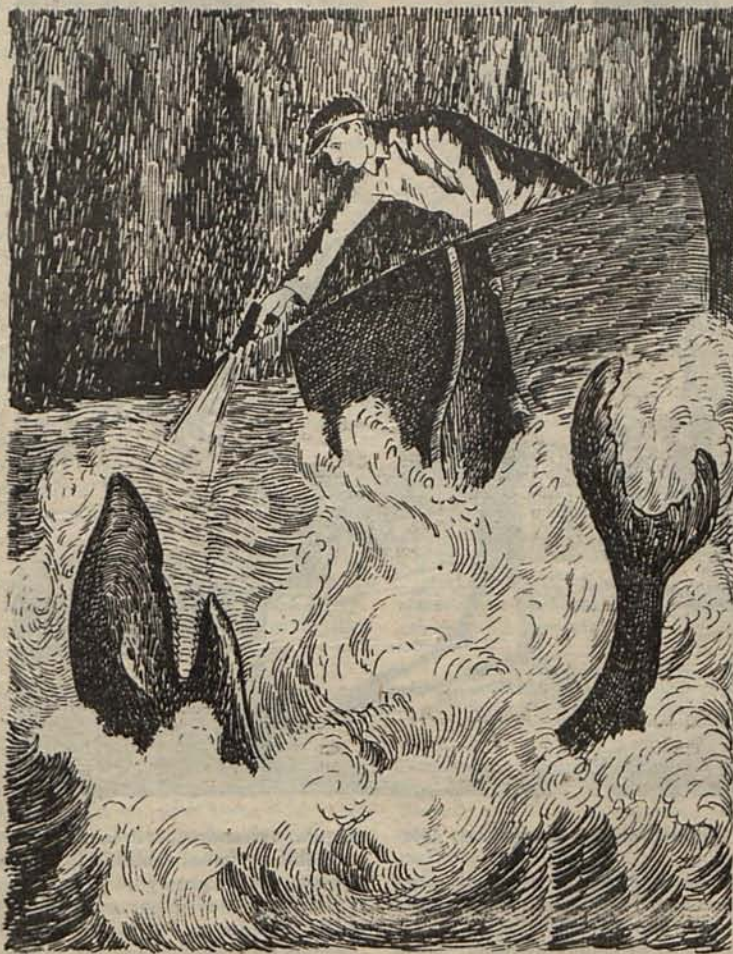
—Se deben asar esos pobres mineros.

—Para conseguir que puedan trabajar les arrojan mecánicamente grandes oleadas de aire frío.

—En caso contrario no podrían resistir tanto calor, claro es.

—¿Y a qué se debe ese gran desarrollo de calor?

—La mayor parte de las veces es debido a la presencia de manantiales de aguas calientes; pero influye mucho en ello la consti-





peratura se mantiene fresca. En el túnel de Moncenisio y en las galerías de la mina de Chornorcillose...

—¡Callad, doctor —dijo en aquel momento Miguel.

—¿Qué hay? —dijo Vicente.

—¡Escuchad!

El doctor y su interlocutor callaron y escucharon atentamente.

—Es agua que se despeña —dijo el doctor Bandi, después de algunos instantes de espera.

—¿Alguna catarata? —preguntó Vicente.

—Es probable, pero...

—Decid, doctor.

—Me parece que se despeña tras las paredes del canal.

—¿O dentro de la grieta aquella? —dijo Roberto, indicando una ancha abertura que se veía a babor.

—¿Otra caverna? —exclamó Vicente.

—Eso parece —respondió el doctor.

—Vamos a explorarla.

El señor Bandi iba a responder, cuando la canoa dió un choque tan violento que los cuatro hombres se bambolearon, cayendo uno sobre otro.

—¡Demonio...! ¡Hemos encaillado...! —dijo Vicente.

—¿No habrá sido mejor un golpe? —dijo Roberto inclinándose para ver desde la popa.

—¿Un golpe...? ¿De qué...? —dijo el doctor.

—He visto revolverse el agua, como si hubiese sido movida por un coletazo.

—¿Dónde?

—Junto a la popa —contestó el joven pescador.

—¿Habrá intentado asaltar-nos algún gran pez?

—No puede ser sino un tiburón —asintió Vicente.

—¿Todavía tendremos que habérnosla con uno de esos peces tragones? ¡Mal vecino es, amigos míos!

—Le mataremos —dijo Vicente con resolución.

—Coged los revólveres y preparaos a recibirlos con una descarga cerrada.

—Intentemos cogerlos con los arpones —dijeron los pescadores.

—¿Estáis locos...? ¿No pensáis en lo frágil que es nuestra chalupa? Un solo arañazo con sus colas bastaría para desgarrarnos la tela.

—¡Por cien mil merluzas y demonios...! —exclamó Vicente, exasperándose—. ¡Ea, coged los revólveres! Nuestro pellejo peligra.

En un instante abrieron una caja donde tenían guardadas armas, y los cuatro exploradores empuñaron sus revólveres, colocándose a popa y proa de la canoa.

Encendieron otras dos lámparas para dar mayor claridad sobre aquellas tenebrosas aguas y observar mejor los movimientos del enemigo.

El peligro era algo mayor de lo que al principio creyeron. Si se trataba de un tiburón del tamaño del que habían matado en la caverna, la canoa podía ser echada fácilmente a fondo con un simple coletazo que le diera. El tejido no hubiera podido resistirlo, y quizá tampoco el costillaje.

Los tres pescadores y el doctor, reclinados sobre las bordas, espían ansiosamente las aguas para saber con qué clase de adversario tendrían que habérselas. Después de aquella sacudida, la canoa había recuperado su posición de equilibrio, y nada nuevo sucedió; pero algunas brazadas más lejos se veían claramente remolinos de agua.

—¿No veis nada? —dijo el doctor.

—No —contestaron Vicente y Miguel.

—¿Nos habremos equivocado?

—El choque o golpe nos lo han dado y todos lo hemos sentido, señores —dijo Miguel.

En el mismo momento, como para confirmar las palabras del pescador, fué levantada casi del todo la canoa por la parte de la popa y derribada hacia un costado.

Casi en el mismo instante asomaron sobre la superficie dos grandes cabezas, a cuatro o cinco pasos de distancia, y lanzando sendos bufidos tornaron a sumergirse.

—¡Los tiburones!... —gritaron Miguel y Vicente.

—Con otro golpe como este nos hunden la barca —dijo el doctor, que sentía erizársele los cabellos—. Si no nos damos prisa en despacharlos, va a ser esta nuestra última hora.

—¡Ahí están! —gritó Roberto—. ¡Atención!...

Las dos cabezas reaparecieron a pocas brazas de la canoa mostrando sus bocas armadas de dientes triangulares.

Eran dos tiburones quizá mayores que el que habían matado en la caverna. Los monstruos, percatados de la presencia de la canoa, y probablemente hambrientos, se preparaban a atacar a los desventurados exploradores.

—¡Fuegol... —gritó el doctor.

Una descarga acogió a los monstruosos peces.

Uno de ellos, herido mortalmente en el cerebro, se sumergió sin vida; pero el otro, solamente herido, comenzó a dar coletazos, elevando verdaderos torbellinos.

Enfurecido por el dolor, se retorció como una serpiente, lanzando sordos bufidos y cerrando con rabia las mandíbulas formidables.

Saltaba a diestro y siniestro, como loco, amenazando dar un topetazo a la barca y hundirla.

Miguel y Roberto se habían agarrado a los remos mientras Vicente y el doctor gastaban los últimos disparos de sus revólveres intentando herir al pez, tan peligroso aunque agonizante.

La canoa, balanceándose incesantemente a causa de las oleadas que la impulsaban por todas partes y en peligro de ser lanzada contra las paredes del túnel, había logrado separarse algo del tiburón; pero, a pesar de todo, le alcanzó un coletazo que la tumbó de costado.

Fué un momento de angustia terrible para los cuatro tripulantes, pues creyeron que se iría a fondo a causa del golpetazo.

—¿Nos hundimos? —dijo el doctor, disparando su última cápsula.

—No, señor —respondió Miguel, que se había agachado para ver si el agua invadía el fondo de la barca—. Las cajas han aguantado todo el golpe y se ha salvado la tela; pero no sé si podremos resistir otro como ese.

—¡Y este maldito tiburón que no se decide a morir!...

—¡Querrá que le demos un hachazo en el hocico! —dijo Vicente.

—No hay que dejarle que se acerque, no sea que nos hunda. ¡Forzad los remos, amigos!...

Miguel y Roberto no necesitaban que les animasen. Arrancaron con ímpetu y precipitadamente, deseando alejarse cuanto antes de aquel lugar tan peligroso para la canoa; pero el tiburón, al ver la maniobra y deseoso de tomar venganza de los que le habían herido, les seguía, agitando continuamente las aguas del canal.

Debió de haber recibido lo menos media docena de balazos, pero resistía tenazmente y no parecía que sus fuerzas hubiesen disminuído. Sábese además que estos peces poseen una vitalidad extraordinaria. Aunque se les saque fuera del agua después de haber sido heridos de gravedad con los arpones o con las hachas, son aún capaces de oponer una fiera resistencia y de hacer todavía verdaderos estragos en la cubierta de los barcos.

—Busquemos un sitio donde refugiarnos o nos hecha a pique a todos juntamente con la barca —dijo el doctor.

—Me parece que veo una abertura a nuestra mano derecha —dijo Vicente.

—¿Alguna caverna?...

—Seguramente, doctor.

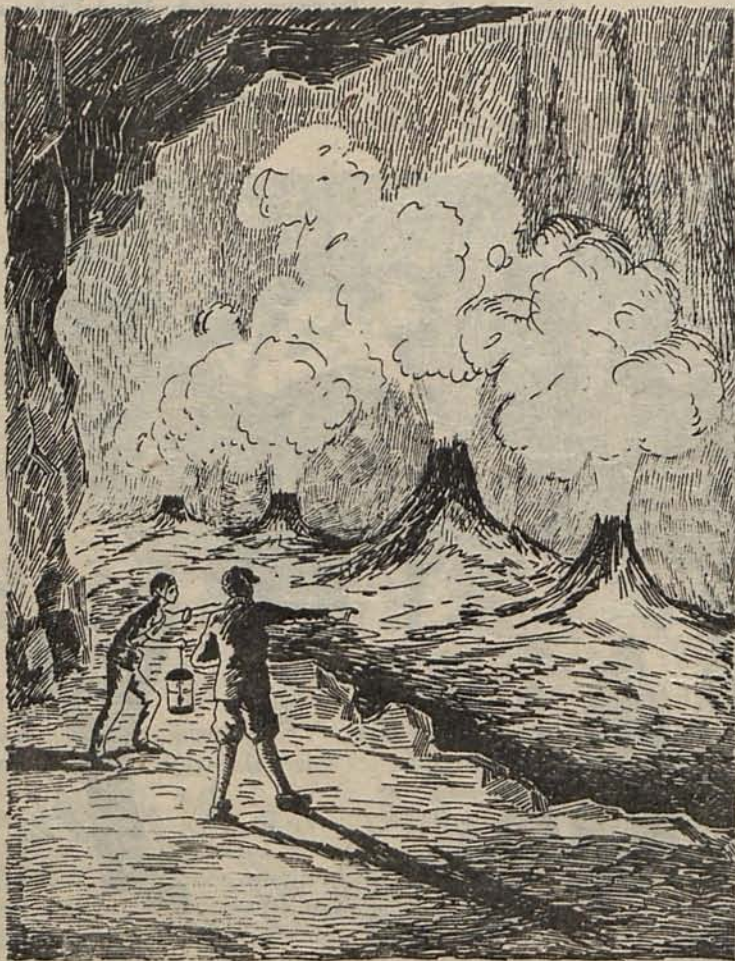
—Hagamos por meternos dentro; quizá no nos siga hasta allí este maldito pez.

—¡Ehl... ¡Cuidad no choquéis!...

—No tengáis cuidado, patrón —dijeron Miguel y Roberto.

Mientras la canoa trataba de acercarse a la abertura, que parecía ser la entrada de alguna caverna, el doctor abrió nuevamente el fuego para asustar al tiburón.

Vicente, por su parte, dirigía repetidos arponazos contra él, con la esperanza de herirle mortalmente.



(Continuará en el número próximo.)



EL ZAPATERO DEL CAIRO

CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

(Continuación.)

—¡Señor —le dijo la novia—, Dios te dé la salud! ¿Qué te sucede? ¿Por qué estás triste?

—¿Cómo quieres que no lo esté, si tu padre me ha sacado de mis casillas y ha hecho conmigo lo que hace el que quema el trigo todavía verde?

—¿Qué te ha hecho mi padre? Dímelo.

—Pues celebrar nuestra boda antes de que llegue mi caravana: Yo deseaba tener, al menos, cien perlas para repartirlas entre sus esclavas; que cada una tuviera un recuerdo de tan feliz día; con lo cual honraria tu rango y aumentaría los respetos que te debo. No quería ser tacaño en estos regalos, porque poseo gran cantidad de joyas.

—No te apenes por esto —le replicó la novia—, ni te entristezcas. Por mi parte, esperaré a que lleguen tus mercancías; y de mis esclavas, no te preocupes.

Y Maaruf recobró la tranquilidad.

Al día siguiente, después de tomar un baño y vestirse con un traje magnífico, subió al Consejo del rey. Todos cuantos allí estaban se levantaron al verlo. Lo recibieron con grandes muestras de honor y de respeto, lo felicitaron y lo bendijeron. Sentóse al lado del rey y preguntó:

—¿Dónde está el tesorero?

—Aquí lo tienes en tu presencia —le respondieron.

—Traete —le ordenó— vestidos de honor, para imponérselos a los visires, a los emires y a los oficiales reales.

Y en cuanto tuvo todo lo que había pedido dió regalos a los presentes, en relación con el rango de cada cual. Así continuó haciendo durante veinte días más. Y su caravana con las mercancías, ya famosas, no aparecía por ninguna parte.

El tesorero se vió en la más apurada situación. En ausencia de Maaruf entró a ver al rey, en ocasión en que estaba solo con el visir. Se prosternó en su presencia, diciéndole:

—¡Oh rey del tiempo! Tengo que informarte de un asunto, pues tal vez me reprocharías, con razón, si me callara. Has de saber que el tesoro está agotado, que sólo queda en él una pequeña cantidad de dinero y que dentro de diez días tendremos que cerrarlo, completamente vacío.

El rey dijo:

—¡Oh visir!, ¡ciertamente que las mercancías de mi yerno tardan en llegar y no hay noticia alguna de ellas!

Rióse el visir y contestó:

—¡Dios sea benévolo contigo, oh rey del tiempo! ¡Una venda ha tapado tus ojos para no ver las acciones de este impostor! ¡Por vida de tu cabeza, que ni él tiene tales mercancías ni hay una mala plaga que nos libre de él! No ha dejado de decir mentiras, y gracias a ellas ha podido gastar tu dinero y casarse con su hija sin pagar dote alguna. ¿Hasta cuándo seguirás tú ciego respecto de este falsario?

—¿Qué haremos, visir —dijo el rey—, para conocer de cierto la verdad de su condición?

—Señor —contestó el visir—: no logra saber los secretos de un hombre sino su esposa. Manda a tu hija que venga y se coloque detrás de la cortina; yo le preguntaré la verdadera condición de su marido, ella lo examinará, y nosotros podremos llegar a conocerlo.

—No hay inconveniente —replicó el rey—. Y por la vida de mi cabeza juro que si él es un embustero, un impostor, le daré la muerte más ignominiosa.

Y, acompañado por el visir, entró en el interior del salón. Mandó que viniese su hija detrás de la cortina.

Todo esto sucedía en ausencia de Maaruf.

En cuanto la hija llegó, preguntó a su padre:

—¡Oh, padre mío! ¿Qué quieres de mí?

—¡Habla con el visir! —le ordenó.

—¡Oh, visir! ¿Qué deseas? —dijo ella.

—Señora mía —empezó diciendo el visir—, has de saber que tu esposo ha gastado los bienes de tu padre, después de haberse casado contigo sin dote. El no ha dejado de

prometernos, sin poder cumplir sus promesas. No hay noticias de sus famosas mercancías. En una palabra: deseamos que nos informes respecto de él.

—Ciertamente —contestó la hija del rey— que mi marido habla mucho y que a cada momento viene y me ofrece perlas, joyas, telas preciosas, pero yo no veo nada.

—Acaso esta noche, ¡oh, señora mía! —le dijo el visir—, puedas entrar en conversación con él y rogarle, diciéndole: «Dame noticias de tu condición con toda verdad. Y no temas, porque tú eres mi marido y jamás te abandonaré. Cuéntame la verdad de tu situación, y yo buscaré un plan para salvarte.» Luego procura distraerlo en la conversación; muéstrate con él cariñosa y afable, y arráncale su confesión, y cuando la tengas, dínosla.

—¡Oh, padre mío! —respondió—. Yo me ingeniaré para saber la verdad.

Y se marchó.

Terminada la cena, fué a verla Maaruf, según acostumbraba, y ella, después de muchas caricias y carantoñas, le dijo:

—Deseo que me digas la verdad, pues la estratagema de la mentira no aprovecha ni hace ganar crédito en todas las ocasiones. ¿Hasta cuándo estarás mintiendo en todas las ocasiones. ¿Hasta cuándo estarás mintiendo y engañando a mi padre? Yo temo que él descubra tu impostura antes de que hayamos preparado un medio de salvarte y emplee contigo la violencia. Cuéntame la verdad, y sólo tendrás motivos de alegrarte. Y así que me la hayas dicho, no temas que nadie te pueda molestar. ¿Cuántas veces has contado que eres comerciante, que posees grandes riquezas y que esperas tu caravana? Ha pasado mucho tiempo desde que tú estás diciendo: «Mis mercancías, mis mercancías», y tus mercancías no aparecen, ni hay noticia de ellas, y en tu rostro se ve reflejada la ansiedad por esta causa. Si tus palabras no son ciertas, dímelo, que yo te prepararé un plan para que te salves, con la ayuda de Dios.

—¡Señora mía! —exclamó al fin Maaruf—. Yo te diré la verdad y haz lo que quieras.

—Habla, y dí la verdad, que es barca de salvación, y guárdate de la mentira, que pierde a quien la dice. ¡Cuánta razón llevaba el poeta!

Debes de ser veraz, aunque el decir la verdad pueda ser causa de quemarte en fuego amenazador. Busca la aprobación de Dios; pues el hombre más necio es aquel que enoja al Señor y da gusto a los criados.

—Señora mía —dijo Maaruf—. Has de saber que yo no soy comerciante, ni tengo mercancías ni una mala plaga. En mi país yo era un zapatero remendón y tenía por esposa a una furia llamada Fátima El Orra, con la cual me sucedió tal y tal cosa.

Y le contó su historia, de cabo a rabo. Rióse la hija del Rey, exclamando:

—Ciertamente eres habilísimo en el arte de engañar y de mentir.

—Dios (ensalzado sea) te libre, ¡oh señora mía!, de tener que ocultar faltas y desatar penas.

—Ya sabes —dijo ella— que has engañado a mi padre y lo has deslumbrado con la abundancia de tus falsas riquezas hasta el extremo de casarte conmigo, llevado de su ambición; además le has gastado sus tesoros. El visir sospechaba de tu conducta, y cuantas veces hablaba de ti con mi padre, le decía: «Es un impostor, un embustero.» Sin embargo, mi padre no daba crédito a sus palabras, y achacaba la actitud del visir a envidia porque había pedido mi mano y yo había rehusado ser su esposa. Ha pasado largo tiempo; mi padre ha visto agotado su tesoro y me ha dicho: «Hazle confesar.» Tú has dicho la verdad; se ha descubierto el misterio; mi padre se propone tratarte mal, pero tú eres mi marido y yo no puedo abandonarte. Si cuento a mi padre lo que acabas de decirme, se convencerá de que eres un impostor, un farsante, que has engañado a las hijas de los reyes y que has dilapidado su fortuna;

esta ofensa no te la perdonaría y te daría muerte sin duda alguna; de esta forma se haría público que yo me he casado con un hombre impostor y mentiroso, y tú serías la causa de mi desgracia. Además, si mi padre te diera muerte, sería probable que quisieran casarme con otro, y en esto no consentiría yo aunque me costara la vida. Por tanto, levántate ahora mismo, vistete el traje de un esclavo y toma cincuenta mil dinares que yo tengo; monta en un caballo y márchate a un pueblo que no esté bajo la jurisdicción de mi padre. Dedicate allí al comercio y escríbeme una carta, procurando enviarla con un correo que me la entregue a mi privadamente, para que yo sepa dónde vives y te pueda enviar todo cuanto pueda procurarme, a fin de que se aumenten tus riquezas. Si muere mi padre, yo enviaré a buscarte, para que vengas con todo honor y dignidad, si tú o yo morimos, esperemos que el Señor (jensalzado sea!) se digne reunirnos en el día de la resurrección. Este es el mejor plan que podemos realizar: que tú estés bueno, que yo lo esté y no dejaré de enviarte noticias y riquezas. Levántate antes que amanezca: no dudes, porque te acarrearás la ruina.

—¡Señora mía! —dijo Maaruf—. Yo quisiera que me permitieras abrazarte, para mostrar mi agradecimiento a tu generosidad.

Ella consintió. Vistióse Maaruf un traje de esclavo y ordenó a los palafreros que le preparasen un caballo ligero. Una vez dispuesto, despidióse de su esposa y salió de la ciudad cuando ya se acababa la noche.

Marchó, y todo el que lo veía suponía que era un esclavo del sultán que iba a cumplir algún encargo.

A la mañana, apenas amaneció, fueron el rey y el visir al salón. Llamó el rey a su hija, y cuando vino y estuvo detrás de la cortina, le preguntó:

—Hija mía, ¿qué dices?

—Digo —contestó ella con ira— que Dios ennegrezca el rostro de tu visir, ya que parece que él tiene empeño en que se ennegrezca el mío a los ojos de mi marido!

—¿Cómo es eso? —inquirió el padre.

—Vino mi marido ayer a mi habitación —contó la princesa—, y, antes de que yo pudiese hablarle nada de lo que me dijisteis, de pronto se presentó el esclavo Farach con una carta en la mano, diciendo: «Diez esclavos que están al pie de las ventanas del alcázar me han dado esta carta, a la vez que me pedían que saludase al señor Maaruf el comerciante, para que se la entregase. «Nosotros somos —me han dicho— esclavos suyos, que venimos a cargo de sus mercancías, y hemos sabido que se ha casado con la hija del rey y venimos a informarlo de lo que nos ha sucedido en el camino.» Tomé la carta y la leí. Decía:

«De los quinientos esclavos a la excelencia de nuestro señor, el comerciante Maaruf.—Lo que tenemos que decirte es que, después que nos abandonaste, fuimos atacados por los árabes beduinos, y entablamos la lucha. Ellos eran como mil caballeros, mientras nosotros sólo éramos quinientos esclavos. La pelea entre los dos bandos fué dura. Nos impidieron seguir nuestro camino. Pasamos treinta días luchando, y esta ha sido la causa de nuestro retraso. Nos han cogido doscientas cargas de telas de la caravana y nos han matado cincuenta hombres.»

—«Apenas mi marido se enteró de estas noticias, exclamó: ¡Dios frustre sus esperanzas! ¿Por qué os habéis peleado con los beduinos, sólo por causa de doscientas cargas de mercancías? ¿Qué son doscientas cargas? No debieron ellos haberos detenido por la insignificancia de doscientas cargas, que después de todo no valen más que siete mil dinares; pero es preciso que yo vaya y meta prisa a mis esclavos, y por lo que toca a lo robado por los beduinos no se notará siquiera su falta en la caravana ni a mí me causa impresión alguna: puedo permitirme el dárselo de limosna.»

Salió de mi presencia riéndose, sin preocuparse para nada de los bienes que había perdido y de los esclavos que habían matado; cuando se hubo marchado, vi desde la ventana de mi cuarto a los diez esclavos que le habían traído la carta; iban vestidos con trajes magníficos, cuyo valor no bajaría de mil dinares, y mi padre no tiene ningún esclavo semejante. Luego mi marido se alejó, acompañado por estos diez esclavos, en busca de su caravana. Y loado sea Dios, que se ha dignado impedir que yo tuviera ocasión de hablarle de las cosas que me dijiste, porque se hubiera burlado de mí y de ti y tal vez me hubiera tomado odio. Pero la falta es solamente de tu visir, que habla con respecto a mi esposo palabras inconvenientes.

—¡Hija mía! —exclamó el rey alborozado:— ¡Tu esposo es riquísimo y no puede pensar siquiera en lo que habíamos tramado: desde el día de su entrada en nuestra ciudad ha dado grandes cantidades en limosna a los pobres! Si

Dios quiere, pronto vendrá con sus mercancías, y la fortuna se nos entrará por las puertas.

Y se puso a tranquilizar a la princesa y a reprochar al visir, cuya estratagema había fallado.

Por lo que respecta a Maaruf, montó a caballo y caminó por el desierto, perplejo y sin saber qué dirección tomar. Dándose cuenta de su apurada situación, lloraba amargamente, y caminó, ébrio de dolor, hasta el anochecer, hora en que llegó a una aldea. Divisó a un hombre que estaba labrando con una pareja de bueyes, y como el hambre lo acuciaba, dirigióse a él y le dijo:

—¡La paz sea contigo!

—¡Contigo sea la paz! —le contestó—. ¡Bien venido, señor! ¿Eres, por ventura, un esclavo del Sultán?

—Sí —le respondió.

—Entra en mi casa para recibir el pan de la hospitalidad.

Conoció Maaruf que era hombre generoso; pero le dijo:

—Hermano, no veo nada en tu casa para que me des de comer. ¿Por qué, pues, me invitas?

—Señor —contestó el labrador—, el bien está presente. Bájate; la aldea está aquí cerca. Iré y traeré cena para ti y pienso para tu caballo.

—Puesto que la aldea está próxima —dijo Maaruf—, yo iré al mismo tiempo que tú y compraré en el zoco lo que se me ocurra y comeré.

—Esta aldea es un villorrio, señor —insistió el campesino—, y no hay en ella zoco, ni se compra ni se vende nada. Te pido por Dios que te quedes en mi casa y que confortes mi corazón, que yo iré y volveré en seguida.

Maaruf se apeó. El campesino lo dejó solo y se encaminó a la aldea para traer la comida. El fingido esclavo se sentó, y mientras lo esperaba decía para sus adentros: «Ciertamente que por mí este pobre hombre ha dejado su ocupación; me levantará y labrará en su lugar, hasta que vuelva, para compensarle en alguna manera por haberlo quitado de su trabajo.»

Y, diciendo y haciendo, cogió el arado, arreó a los bueyes y labró un poco. El arado se detuvo ante un obstáculo y los animales se pararon. Arreóles otra vez, pero no pudieron andar. Se fijó entonces en el arado y vio que estaba enganchado en un anillo de oro. Limpió la tierra de por encima y vio que el anillo estaba en medio de una piedra de alabastro del tamaño de una muela de molino. Corrigió sus esfuerzos logró quitar la piedra de su sitio, y apareció ante sus ojos un subterráneo con escaleras.

Bajó al fondo y se encontró en un lugar semejante a un baño con cuatro arcos: el primero estaba lleno de oro, desde el suelo hasta el techo; el segundo estaba repleto de esmeraldas, perlas y corales; el tercero, de jacintos, rubíes y turquesas, y el cuarto, de diamantes y minerales preciosos, de todas clases de joyas. En el centro de aquella habitación había una caja de cristal clarísimo, llena de perlas incomparables, cada cual del tamaño de una nuez; y encima de la caja, otra pequeña, del grandor de un limón, construida de oro. Maaruf quedóse absorto al ver tanta maravilla, se alegró extraordinariamente y se dijo: «Veamos qué hay en esta caja.» Y, abriéndola, halló dentro un anillo de oro, sobre el cual había grabados nombres y talismanes, semejantes a las huellas que dejan las hormigas. Frotó el anillo y de pronto oyó una voz que decía:

—¡A tus órdenes, a tus órdenes, señor! Pide lo que quieras. ¿Deseas que pueble una aldea o que arruine una ciudad? ¿Que mate a un rey? ¿Que cave el cauce de un río? ¿Qué deseas? Todo lo que pidas lo conseguirás, con permiso del más poderoso rey, del creador de la noche y del día.

—¡Oh criatura de mi Señor! —le dijo Maaruf—. ¿Quién eres tú?

—Yo soy —le respondió— el sirviente de este anillo, el que está a las órdenes de su dueño; todo cuanto pide yo se lo hago, sin excusa alguna, pues soy sultán de los genios y tengo un ejército compuesto de setenta y dos tribus, cada una formada por setenta y dos mil genios, y cada uno de estos manda en mil *márids*, cada *márid* ordena a mil *auns*, cada *aun* gobierna a mil *diablos* y cada diablo manda a mil *genios* (1); todos están bajo mis órdenes y me obedecen sin contradicción alguna; y yo estoy adscrito a este anillo encantado y no puedo menos de seguir los mandatos de su dueño. Tú lo posees ahora; yo soy tu esclavo: pide lo que quieras, que tan pronto serás oído como obedecido. Y siempre que necesites de mí, lo mismo en la tierra que en el mar, frota el anillo y en seguida me hallarás a tu lado. Pero guárdate de frotarlo dos veces seguidas, pues me abrasarías en el fuego de los nombres grabados en él, y me perderías y te arrepentirías después. Ya sabes mi condición; ¡la paz sea sobre ti!

(1) Estos nombres de las distintas clases de genios no tienen sinónimos en nuestra lengua.

(Continuará en el número próximo.)



EL LAGO MISTERIOSO

CUENTO DE CALLEJA EN COLORES



Había una vez un rey, que tenía tres hijos. Al mayor le llamaron Obdulio; al segundo, Tancredo, y al menor, Juan. Este último era tan bueno y tan condescendiente con sus hermanos, que dieron en llamarlo Juan Bobito. Nunca se enfadaba, aunque sus hermanos le molestaran y le quitaran cuanto tenía, ya fueran juguetes o golosinas.

Pasado el tiempo, los tres príncipes se convirtieron en tres arrogantes mozos. Obdulio, tenía la cabellera roja; Tancredo, negra como el azabache, y Juan Bobito la tenía rubia. Todo el mundo amaba al menor por su bondad, y, aunque se le llamaba por el apodo, Juan no se enfadaba por eso.

Cuando llegaron a su mayor edad, les llamó el rey y les dijo:

Habéis llegado a la mayor edad y yo soy viejo. Deseo entregar mi corona al de vosotros que traiga el mejor y más bello oro para dorar todo el palacio. Quiero que relumbre como el sol. Idos los tres, y os espero en este mismo sitio dentro de tres meses.

Partieron los príncipes, después de recibir la bendición de sus padres.

Llegaron a la encrucijada de un camino, que se abría en tres.

Obdulio, tomó el de la derecha. Tancredo, el de la izquierda, y Juan Bobito, el de en medio. Se abrazaron y cada uno desapareció por el suyo.

El primero llegó a una gran ciudad; el segundo, a un país desconocido, y el tercero, a un hermosísimo lago. Las aguas de este lago tenían reflejos opalinos y luces doradas y plateadas. Juan quedó embelesado mirando aquella superficie que parecía de nácar. De pronto oyó un canto que le decía:

«¡Juan Bobito, Juan Bobito, da tres vueltas y lo encontrarás!»

A nadie veía, ni se oía otro rumor que el canto aquel. Por fin vió un pajarito lindísimo, que era el que le hablaba. Sin darse cuenta, dió vuelta al lago, y después otra y luego otra. A la tercera cayó dentro de él y desapareció bajo las aguas.

Cuando abrió los ojos, se encontró en un hermoso palacio de cristal verde, lleno de grandes ranas. Entre ellas había una grande como un cerdo que llevaba una corona y adornos de perlas finísimas.

—Bien venido seas, príncipe Juan —le dijo la ranona.

—Señora rana, perdone usted; pero me caí en el lago... —dijo Bobito todo confuso.

—No temas; hace tiempo que te espero y sabía que vendrías por nuestro reino. Entra en mi palacio.

Allí pasó el príncipe la gran vida; le servían y le agasajaban las ranas y él estaba tan contento, que olvidó el objeto de su viaje. La víspera de expirar el plazo para su regreso, le dijo la rana grande, que era la reina, que si no deseaba alguna cosa.

Entonces recordó el encargo de su padre y la dijo:

—Señora rana, yo tengo que llevar al rey, mi padre, oro para dorar nuestro palacio; lo había olvidado y mañana debo llegar a mi reino, ¿qué haré?

—No temas; mañana temprano partirás llevando el oro. Toma

esta nuez; no tienes más que ponerla en tu frente y quedará dorado todo.

A la mañana siguiente se despidió de la reina y su corte y en dos zancadas estuvo en la superficie del lago. Pronto estuvo camino de su palacio. Cuando llegó, encontró a sus hermanos, el uno, dorando láminas de oro y el otro, embadurnando las paredes con oro líquido.

—Vaya, Bobito —le dijo el rey—, ¿cómo es posible que hayas venido con las manos en los bolsillos? Creo que has pasado el tiempo mirando volar los pájaros en el bosque.

—Padre mío, haga usted que mis hermanos quiten todo eso que han puesto y verá usted.

Obedeció el Rey a lo que dijo el menor, y sacando éste su nuez la puso junto a su frente. Aquello fué una maravilla; el sol se oscu-

reció ante el fulgor del palacio, y el que miraba sus paredes quedaba deslumbrado. Lo mejor fué que Juan les doró las botas a su padre, a sus hermanos y a todo aquel que quiso tenerlas de oro. Fué tal el entusiasmo, que cambiaron el nombre del reino y le llamaron el «Reino de la Bota de Oro». Todo el mundo aclamó a Bobito. El Rey no estaba muy contento con despojar a los mayores en favor del menor, y les dijo:

—Juan, tus hermanos y yo admiramos tu poder; pero yo quiero hacer otros ensayos, a ver si verdaderamente mereces mi corona.

—Vuestra Majestad puede hacer lo que tenga a bien. Ya sabe que no soy ambicioso ni egoísta. Yo no sería feliz perjudicando a mis hermanos. Estoy pronto a someterme a otra prueba.

El Rey y sus hijos mayores abrazaron a Juan, diciéndole:

—¡Siempre tan bueno! Queremos que seas nuestro rey: acepta la corona.

—De ninguna manera, mientras no se hagan las pruebas que nuestro padre y señor nos

propone. Diga usted, padre y señor, cuál es la segunda.

—Deseo que nuevamente viajéis y me traigáis el mejor vino que exista en el mundo, para llenar las pipas de nuestra bodega y que nunca se agote —contestó el Rey.

—Partieron los tres príncipes, tomando los caminos anteriores. Juan Bobito llegó al lago y se paró.

Pronto oyó al pajarito que cantaba:

—¡Juan Bobito, Juan Bobito, da tres vueltas y lo encontrarás!

Volvió el mozo a girar alrededor del lago y ¡cataplún!, al agua. Gran alegría tuvieron las ranas al verle llegar. Pasó allí tres meses felices, y la víspera de cumplir el plazo, le dijo la rana:

—¿Deseas algo, príncipe Juan?

—¡Ah, sí! Deseo un vino, el mejor vino del mundo, y que las cubas en donde esté nunca se agoten. El caso es que he pasado aquí el tiempo y no me queda nada más que un día para buscarlo.

—No temas; mañana temprano saldrás de aquí y pronto estarás en tu hogar. Toma este frasquito; no tienes más que apoyarlo en una cuba y pronto estará llena de un vino delicioso, hecho por mis súbditos,





A la mañana siguiente, en dos zancadas salió del lago y voló al palacio. Cuando llegó, vió muchos burros cargados de pellejos, bariles y cubas que Obdulio y Tancredo llevaban con vino.

—Aquí está Juan Bobito —dijeron—, ¿qué sorpresa nos dará?

—Bobito, ¿olvidaste mi encargo? —le dijo el Rey.

—No, señor; vamos a la bodega —dijo.

Toda la corte bajó al sótano, y Juan acercó el frasco a una cuba vacía, ésta se llenó y el vino empezó a correr por el suelo.

—Señor, mande V. M. vaciar las pipas, porque no cabe.

—Están llenas del vino que trajeron tus hermanos.

—¡Ah! Bien; entonces pruebe usted el de los tres, a ver cuál es el mejor.

Se dió a los catadores, incluso al rey, una copita de cada uno. Todos dijeron que el de los dos hermanos mayores estaba picado y que el de Bobito era exquisito. Derramaron todo el vino, y pronto estuvieron llenas todas las cubas, y alcanzó para dar un vaso a cada habitante de la ciudad, sin que por eso se vaciase ningún tonel.

El pueblo aclamó al príncipe Bobito.

—Deseo, hijos míos, hacer la tercera y última prueba para dar mi corona. Id y traed la mujer más bella de la creación. Quiero que la reina eclipse a todas las que existen sobre la tierra. Os doy tres meses para ello.

Partieron los jóvenes por los mismos caminos anteriores, pues no había otros. Obdulio y Tancredo quisieron acompañar a Juan, pero al llegar al lago había tal montaña cubierta de espinas, que no pudieron pasar.

—Esto, en mis viajes anteriores, no estaba así —les dijo Juan.

—Quédate, si quieres; nosotros regresaremos a nuestros caminos —le contestaron sus hermanos.

Apenas desaparecieron de la vista, la montaña desapareció, y las aguas del lago brillaron nuevamente a la luz del sol.

—¡Juan Bobito! ¡Juan Bobito! ¡Da tres vueltas y la encontrarás! —cantó el pájaro.

Dió las tres vueltas y..., ¡patapún!, al agua.

Las ranas bailaban en dos pies al ver al príncipe.

Pasado el tiempo dado por el rey, preguntóle la rana reina:

—¿Deseas algo, príncipe Juan?

—¡Ah, sí! Mi padre quiere que le lleve la mujer más bella del mundo, y yo no sé dónde encontrarla.

—No temas. Mañana temprano la encontrarás.

Al amanecer estaba la reina con toda su corte en el salón verde. La reina ocupaba un trono de perlas y nácar.

—¡Príncipe Juan, acércate! —le llamó.

Llegó el mozo, y la reina le habló así:

—Yo te daré la joven que pides; pero es necesario que beses mi mano: aquí está.

Juan se acercó y, haciendo ascos, besó la fría manita de la ranona.

—Ahora me darás un beso en el hocico —dijo.

—Eso sí que no lo haré yo —dijo Juan.

—Mira, yo pondré un pañuelo y me lo darás sobre él.

—Menos mal, si así lo hace —pensó.

Se acercó otra rana con un pañuelo ricamente bordado de perlas y cubrió con él la cabeza de la reina. El príncipe dió el beso. Pero la rana, astuta, quitó de improviso el pañuelo y Juan besó el hociquillo viscoso de la reina.

Juan se tapó la cara a causa del asco que sintió. Y cuando se descubrió tenía delante de sí una joven tan bella como sólo pueden

verse en sueños. El lago se había convertido en un palacio y toda las ranas en damas de la corte.

—Gracias, príncipe —dijo la joven—, por haberme desencantado a mí y a toda mi corte y a todo mi reino. Partamos a tu hogar. Iremos solos, sin comitiva.

Echó un tupido velo sobre sí y, montados sobre sendos gallos, partieron los dos. A poco de caminar, los gallos fueron creciendo y se convirtieron en dos hermosísimos caballos árabes.

Cuando llegaron al palacio, el rey estaba en el salón de recepciones con sus hijos, sus esposas y toda la corte reunida. Entró Juan dando el brazo a la reina, cubierta, y fué a sentarse en su sitio, teniendo al lado a su compañera.

Obdulio tenía a su lado una bella joven de ojos negros, con cabellera color de cobre, llena de rizos; vestía un traje bordado de oro.

El príncipe Tancredo llevó una joven morena, de ojos azules, con cabellera finísima como el azabache.

Todo el mundo admiraba aquellas bellísimas y apuestas damas.

—Veamos, Juan, qué esposa has elegido —dijo el Rey.

Se alzó la gentil figura cubierta y, dejando caer el velo, quedó a la vista de todos una sublime visión. Un grito de asombro se oyó en la sala. Blanca como la nieve; rosada como la aurora; una cabellera rubia, hasta el suelo, la envolvía como un nimbo. Unos ojos negros, y cejas de igual color, irradiaban luz, y las rizadas pestañas sombreaban aquella celestial visión. Cuando se hizo la calma dijo el Rey:

—Vamos, Obdulio, ¿qué me dices de tu futura?

—Mi futura se llama la condesa Laura y es bella. Es dueña del condado, y me acepta por esposo.

—Y tú, Tancredo, ¿qué dices?

—Mi futura esposa es duquesa y lleva el nombre de Elena; es hermosa, como veis, y me acepta por esposo.

—Y tú, Juan, ¿qué dices?

La futura de Juan se adelantó a responder:

—Yo soy la Reina Rosalba, encantada hace miles de años por el Genio del Mal. La bondad del príncipe Juan me ha desencantado; hablo por él, porque ignora mi origen. Yo le amo y deseo ser su esposa.

—¿Y tú, Juan? —dijo el Rey.

—Yo creo que siempre la he amado, y soy su esposo.

—¿A quién adjudico mi corona? —preguntó el Rey a sus ministros.

—Creemos que el príncipe Juan la merece. Esto sin ofender a los príncipes mayores.

Todo el mundo votó lo dicho por los ministros. Entonces, proclamado el «Bobito» rey del país, se levantó y dijo:

—Señor, Rey y padre: yo no sería feliz dejando a mis hermanos sin trono; yo, como Rey, divido el reino en dos partes iguales y doy, al príncipe Obdulio y a su esposa el reino de Oriente; y al príncipe Tancredo y su esposa el reino de Occidente; mi esposa tiene un gran reino, el Reino del Cristal Verde, y allí hace falta un Rey; allá me irá con ella, y seremos todos felices. A usted, padre mío, a mi amada madre y a mis queridos hermanos, les invito a mis bodas y hago extensiva la invitación a los ministros y al pueblo en general.

Hurras y vivas, toques de campanas y redobles de tambores atronaban el espacio; música por las calles. Así se celebró la sabia disposición de Juan, que ya no fué apodado el «Bobito», sino el «Discreto».

Los tres príncipes se casaron y fueron muy felices.

FIN





COLORÍN Y SU PANDILLA





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO.

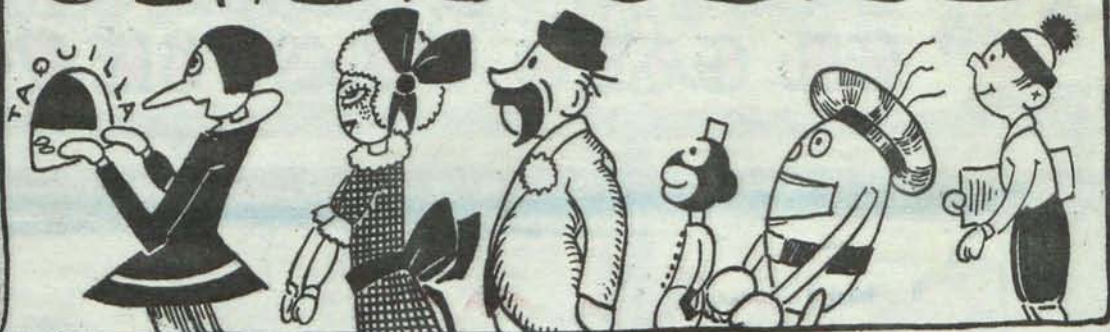


PROGRAMA
PARA HOY

EL
AVIADOR
MISTERIOSO

Sensacional!

GRAN CINE



En el aeródromo que hay a espaldas de la elegante playa de Whitesands-on-Sea, describía círculos un bonito aeroplano, cuyas alas brillaban a los reflejos del sol. Fué descendiendo, en espiral, poco a poco, y después de hacer un limpio aterrizaje siguió corriendo por el césped hasta detenerse junto a uno de los enormes hangares que hay allí.

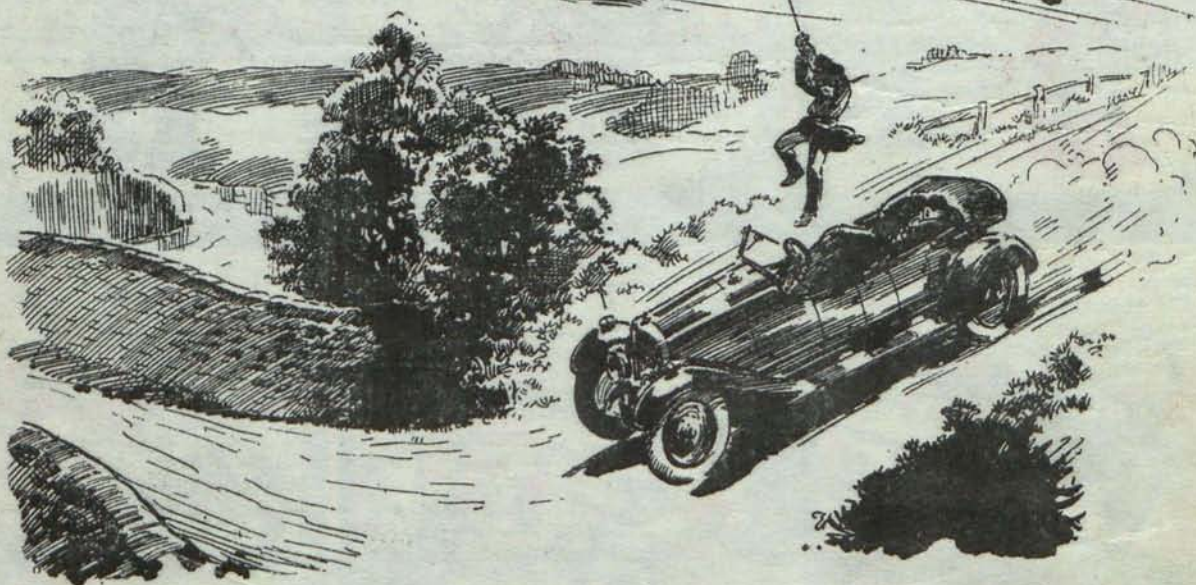
Era *Silverwings*, el rápido aeroplano de Paddy O'Darrell. El mismo detective saltó de él seguido de un muchacho de pelo rubio, que se llamaba Bob.

—¡Ya estamos en Whitesands, jefe! —exclamó Bob.

—¡Es verdad; y por cierto que es un bonito sitio este! A ver si cuando terminemos el asunto que nos trae aquí tenemos tiempo para darnos un chapuzón en el mar. Pero, por lo pronto, nuestra primer tarea tiene que ser buscar el Gran Hotel y celebrar una entrevista con el millonario Mr. Linbrook.

Bob iba a contestar, pero se detuvo al oír el ruido de un motor de aeroplano. Ambos dieron la vuelta en redondo y vieron un pequeño biplano que salía del hangar próximo a ellos, y después de elevarse, sólo se divisó un puntito. Paddy y Bob lo observaron hasta que el aparato estuvo al otro extremo de la ciudad, donde lo vieron descender entre dos banderas que se erguían en la cumbre de una colina.

—Apostaría a que éste es el aviador local que empieza los vuelos de hoy —observó Paddy—. La mayor parte de estas poblaciones de la costa tienen un aeroplano como una de las atracciones para el veraneo; y hoy, como está muy buen día, seguramente tendrán muchos viajes de los forasteros que quieren contemplar estos alrededores a vista de pájaro.



—¡Y que es un buen modo de pasar media hora entretenido! Pero ¿qué ha sido de Trailer?

El sabueso no se veía por parte alguna.

—Se habrá alejado para hacer una inspección —dijo Paddy; y en seguida, como para confirmar sus palabras, oyeron el ladrido excitado del sabueso. No cabía duda que era él el que ladraba, y a juzgar por la dirección en que venía el ladrido, hallábase en el próximo hangar. Trailer no era perro que ladrara sin motivo; así que, sin pensarlo más, los detectives corrieron al próximo hangar y franquearon las puertas, que estaban abiertas de par en par.

En una de las esquinas estaba Trailer olfateando a una persona que yacía en el suelo, y el perro levantaba la cabeza de vez en cuando para dar su ladrido de alarma. Corrieron al lado del perro, y, al llegar, vieron que éste había descubierto a un hombre que estaba atado y amordazado. Bob le cortó las cuerdas con la navaja mientras Paddy le quitaba la mordaza.

—¿Qué es esto, hombre? ¿Qué le ha sucedido a usted?

Un poco atontado, contestó el individuo, que era un hombre como de unos treinta años, vestido con un traje tosco de cuadros:

—He sido víctima de un ataque, y he recibido un golpe muy fuerte en la cabeza. Y no es esto lo peor, sino que el bribón que me ata-

có, atándome aquí como ustedes me han encontrado, me robó el aeroplano.

—¿Es el aeroplano que nosotros acabamos de ver salir? —dijo Paddy—. Pues si es ese, no ha ido muy lejos, porque le hemos visto aterrizar en medio de las banderas que hay allá arriba en aquella colina.

—¡Es el colmo —balbuceó el del traje a cuadros—, porque ese era el sitio donde yo tenía que ir a recoger mis pasajeros.

—¿Es usted el aviador que hace viajes de recreo?

—Sí, señor. Me llamo Groves, y tenía comprometido ya todo el día de hoy —dijo, sacando del bolsillo un librito de notas, que abrió por una página determinada—. Como ustedes pueden ver por este libro de contratos, estoy comprometido para llevar pasajeros durante todo el día de hoy, y esta broma me supone una pérdida muy grande, pues figúrense ustedes que el primer viajero que iba a llevar es el hijo de un millonario, y seguramente me daría una buena propina.

Paddy y Bob miraron el libro de notas y vieron escrito el nom-

bre de Ronald Linbrook. Ambos se cruzaron una mirada de inteligencia, porque al telefonar Mr. Linbrook a Paddy le había dicho que temía que su hijo fuese víctima de un atentado para secuestrarlo.

—Este es un asunto más serio de lo que parece, Mr. Groves, pues se trata de algo más que de una broma —dijo Paddy—. Cuando usted se comprometió a llevar en su aeroplano al hijo de Mr. Linbrook, ¿sabe usted si se enteraría de ello algún extraño?

—Seguramente, porque el viaje lo concertamos ayer por la tarde en mi campo de aviación que señalan las dos banderas, y allí suele reunirse, por lo general, mucha gente. El mismo muchacho hizo el contrato para volar hoy por la mañana, y muchas personas le vieron hablar conmigo.

—Pues ahora tiene usted que dispensarnos, Mr. Groves; tenemos que irnos —dijo Paddy, a quien acababa de ocurrírsele que todo aquello debía de ser un plan preparado de antemano para secuestrar al hijo del millonario. Y nada más fácil, porque el joven habría tomado su asiento en el aeroplano sin sospechar que el piloto, el cual llevaría la cara tapada con las gafas y el gorro de aviador, fuese otro que el propio Groves.

Antes de un minuto ya estaban Paddy y Bob metidos en *Silver-*



wings con el motor trepidando. Bob arrastró a *Trailer* detrás de él, y el aeroplano empezó a correr por el aeródromo, elevándose en seguida por el aire. Fué volando en línea recta, y después describió un ancho círculo. Debajo de ellos veían los detectives la población de Whitesands, con su hermosa playa llena de forasteros; vieron el acantilado contra el cual se estrellaban las olas, y el campo de aviación, limitado por las dos banderas; pero ya no había en él ningún aeroplano. Sólo estaban algunas personas agrupadas en torno al cobertizo que servía de oficina a Groves.

Paddy aterrizó en medio de las banderas. Apenas tocó en tierra el aparato, salió de la caseta un individuo que se acercó a ellos. Indudablemente era mecánico, porque llevaba un «mono» azul.



—Ustedes dispensen —dijo—; pero no pueden aterrizar aquí, porque éste es un campo particular.

—Ya lo sé —respondió Paddy—. ¿Ha estado Mr. Groves aquí esta mañana?

—Sí, señor; acaba de salir en aeroplano con un pasajero.

—¿Tiene usted la seguridad de que era el mismo Mr. Groves?

—Yo no le he visto bien la cara, porque llevaba puestas las gafas; pero ¿quién otro podía ser? —replicó el mecánico, sorprendido.

—Porque Mr. Groves está en el hangar que hay a espaldas de la ciudad, y el que ha huido con el pasajero no es él, sino un inspector. ¿Quién era el pasajero?

—El hijo de Mr. Linbrook. Pero no comprendo lo que usted dice. ¿Es que le ha sucedido algo a Mr. Groves?

—Sí; y lo que usted debe hacer es impedir que el que está pasando por Mr. Groves lleve más pasajeros esta mañana —dijo Paddy dando vueltas a la hélice para echar a andar el motor.— ¿En qué dirección ha huido?

—Se ha ido en línea recta, atravesando la población y siguiendo a lo largo de la costa.

Silverwings rodó por el campo un corto trecho y se elevó graciosamente, saliendo en persecución del misterioso aviador y de su joven cautivo.

Una caza emocionante.

Silverwings atravesó por encima de Whitesands y siguió a lo largo de la costa. Un poco más allá de la población se extendía un gran trecho de terreno accidentado y árido que tenía por borde el acantilado. De repente Bob, que iba de vigia, dió un grito:

—¡Hay un aeroplano en la playa, jefe!

Paddy miró a través de la mirilla del observador que tenía a los pies; allá abajo, en la arena dura y sólida, que era el único sitio propio para aterrizar por aquellos contornos, estaba, efectivamente, un aeroplano. Con gran habilidad giró *Silverwings* hasta aterrizar al lado del que estaba en la playa.

Una rápida inspección les demostró que era el de Groves, pero no llevaba a nadie dentro de él ni tampoco tenía avería alguna.

Una línea de huellas de pies profundamente marcadas en la arena, y que iban desde el aeroplano hasta el acantilado, les indicó el camino que había tomado el aviador.

—A juzgar por la profundidad de las huellas, el aviador llevaba una carga —observó Paddy—. El ya tenía este plan preparado de antemano; sabía que éste era el único sitio que hay por estos contornos para aterrizar; ahora la cuestión está en saber a dónde ha ido.

—¡Aquí hay un trozo de tela roto por un extremo! —exclamó Bob, que estaba inspeccionando el aparato.

—¡Ah! ¡Esto, seguramente, es de la mordaza que él le puso al chico! —dijo Paddy—. ¡Aquí, *Trailer*!

El sabueso olfateó el trozo de tela y empezó a seguir las pisadas por el camino que conducía a lo alto del acantilado. Allí perdíanse las huellas entre el espeso brezo, y *Trailer* demostró su gran valer llevando a su amo por en medio del brezo hacia un bosquecillo de árboles que estaba cerca de la carretera. En el bosque detúvose, como si hubiera perdido la pista; pero Paddy vió marcas de un automóvil, que, sin duda, había estado oculto allí. Las señales iban hasta la carretera. Allí estaba la clave.

—¡Tenían un automóvil esperando! —exclamó el detective—. ¡Pronto! ¡Otra vez al *Silverwings*!

Corrieron a través del erial hasta la playa. El aeroplano echó a andar y pronto se elevaron por los aires. *Silverwings* volaba sobre la carretera, que se extendía por el páramo como una cinta larga y serpenteante, oscurecida aquí y allá por árboles y por las subidas y bajadas del terreno. Paddy volaba, todo lo bajo que se atrevía, sobre la carretera, y siguió por ella durante varios kilómetros.

De repente Bob lanzó un grito, porque acababa de ver salir de un bosque a un automóvil. Acercó los gemelos a los ojos y lo examinó.

—¡Es un automóvil abierto, jefe! ¡Y en la parte de atrás lleva un bulto cubierto con una alfombra..., por debajo de la cual asoma una cara!... ¡Es él! ¡El hijo del millonario! El piloto lleva unas gafas muy grandes y un gorro de aviador.

—¡Pues ése es el que buscamos! Si mira para arriba hazle seña de que pare.

El aviador, al oír el ruido del aeroplano, miró para arriba y vió a Bob agitando los brazos para que parase. Comprendió que era perseguido, que le había fracasado su plan.

Por aquel sitio la carretera tenía una pendiente muy fuerte, al final de la cual había un río y una curva muy cerrada. El automovilista púsose en pie dentro del coche y saltó fuera de él, yendo a caer entre unas matorrales, al lado de la carretera, mientras el automóvil continuaba corriendo, solo, a un seguro cataclismo.

—¡Va dentro el muchacho! —gritó Bob.

—Toma tú la palanca y vuela todo lo más bajo que puedas sobre el automóvil, porque voy a dejarme caer encima de él.

Bob ocupó el puesto de Paddy rápidamente. El detective arrojó por uno de los lados del aparato la cuerda, que tenía uno de los extremos atado a una varilla, y, abalanzándose por encima del aparato, deslizóse por la cuerda hasta estar a unos cuantos metros debajo del aeroplano. Tenía los ojos fijos con ansiedad en el automóvil, que seguía una carrera desenfrenada por la colina abajo, pero que, sin embargo, continuaba sin salirse de la carretera. Entonces Bob demostró toda su pericia, porque describió un círculo con *Silverwings*, haciéndolo descender hasta ponerse encima del automóvil y a muy poca altura sobre él.

Paddy soltóse de la cuerda, dándose buena cuenta de que si medía mal la distancia significaría para él la muerte o, por lo menos, causarse alguna herida grave. Pero no falló, porque cayó sobre el asiento del *chauffeur* en el momento en que el automóvil iba a chocar contra uno de los pretilos del puente. Agarróse al volante y sostuvo al coche sin salirse de la carretera, pasando el puente a una velocidad de ciento veinte kilómetros por hora. En seguida echó los frenos, y la marcha del coche se acortó lo suficiente para pasar la curva sin peligro y poder parar. Luego pasó al asiento de atrás, levantó la alfombra y vió la cara aterrorizada del muchacho, que tendría como unos doce años. Desatóle y vió que, efectivamente, era Donald Linbrook, el hijo del millonario.

El muchacho se tranquilizó con unas palabras del detective, y éste a su vez olvidó también todas sus penalidades al ver a Bob aterrizar en la carretera, a veinte metros del automóvil.

—Ven acá, Bob; quédate con este muchacho, que yo voy a buscar al secuestrador. ¡Este pobre chico pudo muy bien haberse estrellado!

Bob saltó fuera del aparato y el detective ocupó su sitio, remontando el vuelo por encima de la carretera hasta descubrir al fugitivo, que huía por entre el brezo con dirección al bosque.

—¡Ya te cortaré yo esos saltos! —exclamó Paddy cogiendo del fondo del aparato un saquito de arena de los que llevaba de lastre y dejándolo caer encima de él.

El saco le dió en la espalda, tirándolo al suelo sin aliento.

Entonces el detective aterrizó con toda limpieza y echó a correr hacia el malhechor en el momento que éste se levantaba para seguir huyendo. Cogió una piedra y se la tiró al detective; pero Paddy se desvió, y, cogiéndole por una pierna, le hizo caer, y ya en el suelo le puso las esposas.

—Ahora, pollo, permítame usted que le eche una ojeada —dijo Paddy quitándole las gafas, que dejaron al descubierto un rostro cetrino y amenazador.

—¡Ah, ya le conozco a usted!... No es la primera vez que nos encontramos. ¡Es usted Caleb Wrench, un estafador que ha estado en el presidio! La policía le sigue a usted la pista y ahora ya tiene usted un delito más que purgar. Y Paddy le obligó a volver al automóvil. A la vista de él Donald se estremeció.

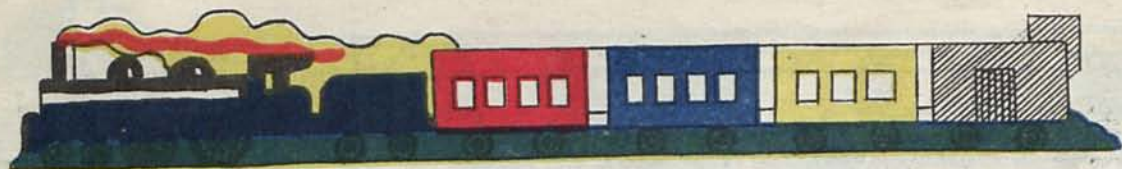
En seguida llegó un automóvil de Whitesands que traía al millonario Linbrook, a Groves, el aviador, y a dos policías. Groves se había apresurado a ir desde el hangar al Gran Hotel a contar al millonario lo sucedido. Este lo comunicó en seguida a la policía y habían salido inmediatamente en busca del falso aviador.

La satisfacción de Linbrook al encontrar a su hijo sano y salvo fué inmensa, y al oír contar toda la historia estrechó efusivamente las manos de Paddy y de Bob.

—Sospechaba que iban a secuestrar a mi hijo para sacarme dinero y por eso envié a llamarles a ustedes —explicó—, y si ustedes no hubieran obrado tan activamente, el criminal hubiera llevado a cabo su plan.

Paddy y Bob regresaron a Whitesands, donde tomaron el baño que tanto les apetecía y que tenían bien merecido.





Tren



Kiosco



Puente



carreta



colegio de niños



vaca



Casa



Fábrica



Iglesia



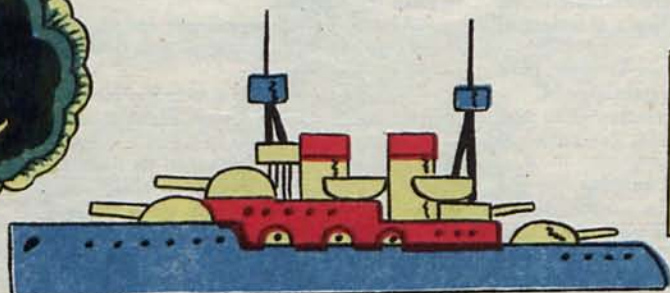
Cine



Garita



Encina



Acorazado



Cuartel



MINISTROS (Recortenseunidos) MAGENCIO LEOCADIO CAPITAN CENTINELAS

En este número termina la publicación del decorado y accesorios de la comedia "La Princesita limpia". En el número próximo y a petición de algunos pinochistas haremos algunas aclaraciones a las explicaciones para el montaje y funcionamiento de este teatro publicadas en el número 41.

EL TEATRO DE PINOCHO

DON POLIPASTO Y LOS SALVAJES

AVENTURA CÓMICA EN TRES ACTOS

(Continuación.)

D. POL. ¿Qué me llevaré de aquí? Unas pocas cosas, nada más. El mapa, desde luego. El microscopio, el secapirras, este pato disecado, la lupa, los cincuenta tomos de la enciclopedia, el cenicero, el doble decímetro, la jaula del grillo, este almohadón, estos lápices, este frasco de tinta y este cuadro de paisaje. ¿Está ya eso? *(Se va y vuelve cargado de cosas.)* No me queda sitio para los pañuelos ni para los calcetines. Me los mandas con un botones. ¡Adiós, Remigia! ¡Viva Polipastita! *(Se va.)*

REMIGIA. *(Saliedo con un paraguas en la mano.)* ¡Eh! ¡Señorito! ¡Señor! ¡Se ha marchado! ¡Se ha marchado y se deja el paraguas, con la tarde que se ha puesto... *(Se asoma a la ventana.)* ¡Ya no se le ve! ¡Lo que ha corrido! Voy a ver si le alcanzo, no sea que le llueva encima y coja un catarro. *(Sale corriendo.)*

TELÓN

□ □

CUADRO SEGUNDO

Playa de una isla tropical. Palmeras altísimas cierran el fondo. Es de día. A un lado hay un letrero, en el que se lee: «Isla Polipástica.» A la orilla del mar hay una barca, en la que se supone acaba de llegar nuestro sabio protagonista.

DON POLIPASTO.—*(Entrando, vestido de levita y chistera.)* ¡Ajajá! Esta es la isla Polipástica, no hay duda. A tantos grados de latitud... en el cuadrante... ¡Esta es! ¡No puede ser otra! Además, ahí lo pone, en ese letrero. ¡No hay duda!... ¡Y qué bonita es! ¡Qué lástima que esté sin descubrir todavía! Lo voy a hacer yo ahora mismito. Claro es que un descubrimiento tan importante no puede hacerse así como así. Hay que tomar sus precauciones. Hay que recordar también cómo se han efectuado los demás descubrimientos. ¿Qué hizo Colón cuando descubrió América? Aparte de que en eso no hay que fijarse, porque en aquellos tiempos estaban muy atrasados. Yo voy a hacerlo bien, con todos los requisitos y los detalles... Bueno: ¡A la una!... ¡A las dos!... ¡A las dos y media!... ¡A las tres menos cuarto!... ¡A las tres! *(Tarareando la Marcha Real.)* ¡Chunda, tachunda, tachunda, chunda, chunda!... *(Con voz solemne.)* ¡Señoras y señores! Queda descubierta desde este momento la elegante isla Polipástica. *(Otra vez la Marcha Real.)* ¡Chunda, tachunda!... Naturalmente, así, el acto resulta un poco frío. El público debía haber dado vivas. *(Dirigiéndose al público que está viendo la función.)* ¿Quiéren ustedes hacerme el favor de dar unos cuantos vivas? Es para animar un poco el momento. Diez o doce vivas nada más. *(Se supone que el público será amable y accederá a la súplica.)*

UNO DEL PÚBLICO, pagado por la Empresa.—¡Viva! ¡Viva! ¡Viva!...

OTRO DEL PÚBLICO, pagado por los enemigos de la Empresa.—¡Que baile! ¡Que baile!

D. POL. ¿Qué raro! ¿Para qué querrá nadie que baile yo? ¿Quién ha dicho que baile yo, si no hay nadie en la isla? ¡Habrá sido un loro! Siempre hay unos loros en las novelas de aventuras, encargados de decir groserías. Bueno, ¿y ahora? Un banquete. Siempre hay un banquete en los actos solemnes. Me comeré este bocadillo de anchoas que traigo envuelto en un papel. ¡Yo creía que descubrir una isla era una cosa más difícil! Resulta que en un momento... Si lo llevo a saber, descubro un archipiélago, por lo menos. Ahora, lo que procede es darse un paseo para ir conociendo el terreno. Parece una isla bastante mona, y me gustaría saber si hay árboles frutales y especies geológicas. ¿Por dónde me iré? ¿Por la derecha o por la izquierda? ¿Por dónde se le da la primera vuelta a las islas nuevas? ¡Ea, no lo pienso! Por la mano en que traiga el paraguas... ¡Pero si resulta que no he traído paraguas!... ¡Por la mano que tenga más dedos!... No; ahora que me acuerdo, todas las manos tienen cinco dedos cada una. ¿Por la mano que tenga más limpia, entonces? Lo mejor será que me vaya por el lado que mejor me parezca. Si, eso será lo mejor. Por aquí. *(Hace mutis por un lado.)*

Momentos después aparecen en escena Bana-Tabá-Wo y Chu-Ban-Gao, dos salvajes de los más salvajes que se han conocido. El primero es el rey de la isla, y, por lo tanto, lleva más plumas de colores que el otro, y tiene una nariz bastante pronunciada. El otro es el primer ministro, y le sigue en plumas respecto a los demás negros que vayan saliendo.

BANA-TABÁ-WO. ¡Qué mala pata! ¡Ya nos ha descubierto ese señor de las barbas!

CHU-BAN-GAO. Es una lástima, señor. Ya sabéis que los hombres blancos son muy entrometidos.

B.-T.-W. ¿Por qué no se estarán los hombres blancos en sus casas, en vez de venir a molestar a los demás? ¿Qué dirían si nosotros fuéramos a darles la «lata»?

C.-B.-G. Y no sólo es eso, Hijo de la Constelación. ¡Si se contentaran con venir de visita!... Pero es que son muy caprichosos, y en seguida se empeñarán en que nos vistamos como ellos, en que nos sentemos como ellos, en que hablemos en inglés, que es tan difícil...

B.-T.-W. Pues tú dirás lo que hacemos, porque el hombre blanco de las barbas debe estar recorriendo la isla.

C.-B.-G. De un momento a otro darán con él nuestros soldados de vigilancia...

B.-T.-W. ¡Corre, Chu-Ban-Gao, corre! Si esos salvajes encuentran al hombre de las barbas, son capaces de alguna barbaridad. Di que le detengan y le traigan a mi sagrada presencia.

C.-B.-G. Corro a obedecerte, Astro resplandeciente. *(Se va por donde vino, y por el lado contrario aparece don Polipasto.)*

B.-T.-W. ¡Me da lástima el pobre extranjero!

D. POL. No está mal, no está mal esta isla. Por ser la primera vez, no he querido alejarme mucho. Pero lo que he visto, es bastante bonito. *(Al reparar en el rey negro.)* ¿Quién anda ahí? Buenas tardes, caballero emplumado.

B.-T.-W. Muy buenas.

D. POL. ¿Se puede saber qué es lo que hace usted en la isla Polipástica, vestido de mamarracho?

B.-T.-W. ¿Cómo? ¿Qué dice usted?

D. POL. Digo que no estamos en Carnaval, para ponerse hecho una facha. ¿O es usted Leonardo, que se ha disfrazado para darme esa broma? Porque si es una broma, no tiene la menor gracia, ¿sabe usted?

B.-T.-W. No comprendo...

D. POL. ¿Que ahora mismo se está usted quitando todos esos trapos y esos plumajes, y se está usted largando de esta isla que acabo de descubrir!

B.-T.-W. ¿Que me quite...?

D. POL. ¡Sí, señor! ¡Y la nariz postiza también!

B.-T.-W. ¿Que me vaya de aquí...?

D. POL. ¡Naturalmente! ¿Cree usted, amigo Leonardo, que he descubierto yo esta isla para que empiecen a venir los amigos los días de fiesta, como si fuera un hotelito en las afueras? ¡Yo he venido aquí para hacer el Robinsón! ¿Se entera usted, apreciable mascarita?

B.-T.-W. Le aseguro que yo no soy quien usted supone.

D. POL. ¿No es usted Leonardo Gutiérrez?

B.-T.-W. No. No soy Leonardo.

D. POL. ¡No me querrá usted hacer creer que, con esa facha, es un salvaje de verdad! Ya los salvajes no salen así más que en el teatro...

B.-T.-W. *(Enfurecido.)* ¡Me estoy cansando ya! Yo soy un salvaje, ¿se entera usted? Y usted es un barbas entrometido.

D. POL. Bueno, bueno. ¡No es para ponerse así! Cuando usted se empeña en ser un salvaje, es que lo será. Nadie se empeña en una cosa tan desagradable... De modo que usted es un salvaje, ¿eh?

B.-T.-W. Para servirle.

D. POL. ¡Caramba! ¡Caramba! ¿Qué casualidad! Y ¿de dónde procede usted? ¿De alguna isleta cercana?

B.-T.-W. Nada de eso. Soy natural de esta isla.

D. POL. ¡Ah! ¿De modo que en Polipástica hay habitantes?

B.-T.-W. ¡Claro!

D. POL. ¡Hombre, qué curioso! ¿Muchos habitantes?

B.-T.-W. Los suficientes, ni más ni menos.

D. POL. ¡Caramba! Pues no son pocos. Y, claro, para tanto salvaje tendrá que haber un rey, ¿no?

B.-T.-W. Sí. Un rey, un hijo de la Constelación, de la familia sagrada de los Houbango-Bara, descendientes del Sol...

D. POL. ¡Tiene gracia!

B.-T.-W. *(Ofendido.)* ¡No, señor! ¡No tiene gracia!

D. POL. ¿Qué salvaje será el buen señor, para ser rey de tanto salvaje!... *(Se rie.)*

B.-T.-W. No sé a qué viene reírse de esa manera.

D. POL. Es que me divierte mucho eso del Sol y de la Constelación... ¡Qué brutos! ¡Qué bárbaros!

B.-T.-W. *(Muy serio.)* ¡Pues no es para reírse, caballero!

D. POL. No se ofenda usted, señor salvaje. No he querido molestarle. A lo mejor, usted también es de los Houbango-Bara, esos...

B.-T.-W. ¿En qué lo ha conocido usted?

D. POL. En el plumero ese que lleva en la cabeza.

B.-T.-W. Pues, sí, señor. Pertenezco a esa familia.

D. POL. ¿Y cómo está la familia?

B.-T.-W. Buena, gracias.

(Continuará en el número próximo.)

HISTORIAS DE ANIMALES

EL AVESTRUZ

Yo tenía muchas ganas de poseer un avestruz; ¿para qué negarlo.

Tantas ganas tenía, que la dificultad de lograr mi deseo me fué poniendo triste y aburrido, hasta tal punto que ya me lo notaron en la cara, porque no comía nada y porque dejaba caer en el plato de sopa unos lagrimones que salpicaban a todos.

Tanto que mi papá salió un día a la calle a ver si podía comprarme un avestruz que no fuese muy cara.

Mamá me lo había dicho, y eso me hizo estar esperando toda la tarde en el balcón por si papá venía trayendo el avestruz en brazos, o dentro de una caja, o atada con una cuerda, o también montado sobre ella. Pero volvió solo papá y de muy mal humor. Únicamente me dijo:

—¿Te es igual un periquito?

Yo no quería un periquito, naturalmente. Habiendo puesto mis aspiraciones en la más suculenta de las aves, no podía contentarme con ese gorrioncito pintado de colores. O un avestruz o nada. Esa fué mi contestación.

Como cada vez estaba yo más triste, pensando en la posesión de una estrucioidea (no creáis que os engaño), mi familia se empezó a preocupar, porque al mismo tiempo me había dado por enflaquecer.

Un amigo de casa, cuando papá dijo que no había encontrado un avestruz en todo Madrid y que en dónde se meterían, explicó que para encontrarlas hay que viajar.

En vista de eso, papá me dijo:

—El domingo que viene iremos a El Escorial. Allí tengo yo un amigo, que se llama Antonio Robles y que nos acompañará al monte a buscar avestruces.

Fuimos, efectivamente; pero no encontramos ni una avestruz por más que las llamamos y echamos pan, a ver si acudían.

Al domingo siguiente fuimos a Cercedilla. Al otro, a Aranjuez. Al otro, a Alcalá de Henares. Ni un avestruz.

Papá se cansó de aquello y decidió apelar a otro procedimiento. Llamó por teléfono a don Angel Cabrera, que es un profesor que está muy enterado de cosas de bichos y le pidió por favor que nos dijera dónde se podrían encontrar avestruces con toda seguridad, sin tener que hacer viajes en vano. Ese profesor contestó que en el Sahara las hay muy buenas.

Papá, entonces, me dijo:

—Mira, yo no te puedo acompañar a un viaje tan largo porque tengo que ir a la oficina. Vete tú solo. Al fin y al cabo, estás ya en cuarto año del bachillerato. Te tomaré un billete de segunda para el Sahara y le diré a mamá que te haga la merienda para el viaje.

Lleno de alegría, me puse a hacer el equipaje, sin olvidar de meter mi escopeta de pistones, un libro de Salgari y unas cuantas nueces.

Cuando llegué al Sahara pregunté a un señor, que iba por allí, dónde había avestruces en buenas condiciones. El caballero me señaló el sitio donde podía hallarlas en estado salvaje, y me dijo:

—Mira, ten cuidado, al acercarte, porque si te dan una coz te han fastidiado.

—Ya sé; me acercaré de puntillas...

—No, mira: es costumbre, para cazar avestruces, el disfrazarse de avestruz, para así poderse acercar tranquilamente.

—Bueno; pero ¿dónde encuentro yo un traje de avestruz? —Ven conmigo, te llevaré a una tienda de disfraces de Carnaval.

Me probé un traje; no me caía mal, y hasta podía pasar por un avestruz sin fijarse mucho.

—Te advierto otra cosa: a las avestruces les gustan los cigarrillos.

—Yo no fumo...; soy joven todavía...

—No importa. Toma una cajetilla.

Me despedí de aquel señor tan amable, prometiendo escribirle alguna postal y mandarle unas plumitas, si llegaba a poseer el avestruz gracias a sus consejos.

¡Qué emoción al divisar a lo lejos una patrulla de avestruces!

Encendí un cigarro y me acerqué. Todas me miraron con envidia, y una me pidió un papel de fumar para envolver unas hojas secas... Yo, entonces, le di un pitillo, y esto bastó para unir nuestra amistad. Como iba yo de avestruz también, no me reconocían.

Mi táctica era ir con aquel avestruz dando un paseo para alejarla de sus compañeras, para poder apropiármela mejor. Dimos unos cuantos paseos.

—Hace buen tiempo

—dije yo.

—Sí —me contestó el avestruz.

Me extrañó un poco aquella contestación en pico de avestruz; pero disimulé.

Así fuimos charlando, hasta que yo me empecé a marear. Era efecto del primer cigarro que fumaba en mi vida. ¡Qué asco! ¡Qué malo me puse! ¡Todo me daba vueltas!

—¿Te pasa algo?

—No..., sí..., parece que...

—Te habrás merecido... Quizás el fumar no te convenga.

No vi ni oí más. Me desvanecí. El avestruz me llevó a cuestras hasta una choza, donde me encontré al despertar.

No estaba allí el avestruz; pero se oía silbar en el cuarto de al lado, pared de paja por medio.

Me asomé a la puerta y vi cómo se quitaba sus plumas el avestruz, y luego el pico, y luego las alas, y luego empezaba a afeitarse frente a un espejo, sin más que sus calzones de bayeta amarilla. ¡No era un avestruz, sino un cazador de avestruces, como yo!

Uno y otro nos habíamos confundido y creímos cazarlos mutuamente. Era la primera vez que, tanto él como yo, veíamos un avestruz.

JOSÉ LÓPEZ RUBIO.

NOTA.—En el próximo número os contaré cómo, por fin, y gracias a la ayuda de Rogelio, mi compañero de caza, pude conseguir un avestruz, y lo que luego sucedió. Hasta el domingo.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

¿SI LE REGALAMOS UNA ENTRADA A TUMUJER, TAL VEZ TE DEJE BOXEAR?

¡CÁ, NO! ¡PUES POCO BIEN QUE SABE ELLA BOXEAR!

POLIPÁN Y CAÑAMÓN

ESO QUE DICE USTED DE BOXEAR YO.... ¡LE ADVIERTO QUE ES QUE YA HA VUELTO MI MUJER DEL PUEBLO Y BOXEAMOS MUY A MENUDO SIN NECESIDAD DE IR AL RING!

BUENO, TÚ VE Y DILE QUE ESTA NOCHE VAMOS A BOXEAR. TENEMOS UNA MAGNIFICA OCA-SIÓN DE GANARNOS DIEZ DÜ-RÓS

¡LARGO DE AQUÍ, GANDULY TERMINA DE LAVAR LO QUE ESTABAS LAVANDO! ¡TE ESTÁN METIENDO EN LA CABEZA MAS IDEAS DE LAS QUE TE CABEN!

¡CICLONA DE MI VIDA!

¡NO, MI AMO, QUE CICLONA NO QUIERE! ¡TIENE MIEDO DE QUE ME HAGAN PUPA!

¡ANDA PARA ALANTE, NO SEAS PRIMO! ¡MENOS PUPA TE VAN A HACER ALLÍ QUE SI TE QUEDAS EN CASA

PERO ¿QUEES USTED EL CAMPEÓN DE PESOS PESADOS? ¡CÁ, HOMBRE! A VER, ¿CON QUIEN HA LUCHADO USTED? ¡VAMOS, CONTESTE!

PARA DECIRLE LA VERDAD, MR. HIMELHOCH, ES QUE ESTA UN POCO MÁS DELGADO PORQUE TUVO EL SÁ-TRAMPION.

BUENO, PUES QUE SE DESNUDE Y QUE SALGA AL RING. PERO PRONTO QUE ESTÁ LA SALA LLENA DE PÚBLICO.

SEÑORAS Y CABALLEROS: AQUÍ TIENEN A "MARTILLO HIDRAULICO", CAMPEON DE PESOS PESADOS.....

¡AHORA EN SEGUI DITA VIENE PANCHITO!

..... Y AQUÍ TIENEN A PANCHITO "EL TERRIBLE", CAMPEÓN AMERICANO.

¡GONG!

¡PUM!

MIRA, PÓ- TIPÁN, YA PARECE QUE VUELVE EN SÍ.

¡CREI QUE NOS LO IBAMOS A TENER QUE LLEVAR SIN SENTIDO A CASA!

¿DONDE ESTOY?

SENTADO EN UNA ESQUINA DEL RING. ¿DÓNDE CREÍAS QUE ESTABAS?

¡QUE ME TRAIGAN PRONTO A ESE CON QUIEN VOY A BOXEAR! ¡NO ME PUEDO ESTARTODA LA NOCHE AQUÍ SENTADO ESPERANDO A QUE SALGA!

BUENO, ¿ME PARECE QUE NOS HE MOS GANADO LOS DIEZ DÜROS?

¿PERO TIENES LA FRESCURA DE PEDIR DINERO ENCIMA? ¡VAMOS, HOMBRE! ANDA, ANDA, SI QUEREIS GANAROS DOS PESETILLAS, OS DARÉ AHORATRABAJO. SPIKE, TRAETE DOS ESCOBAS.

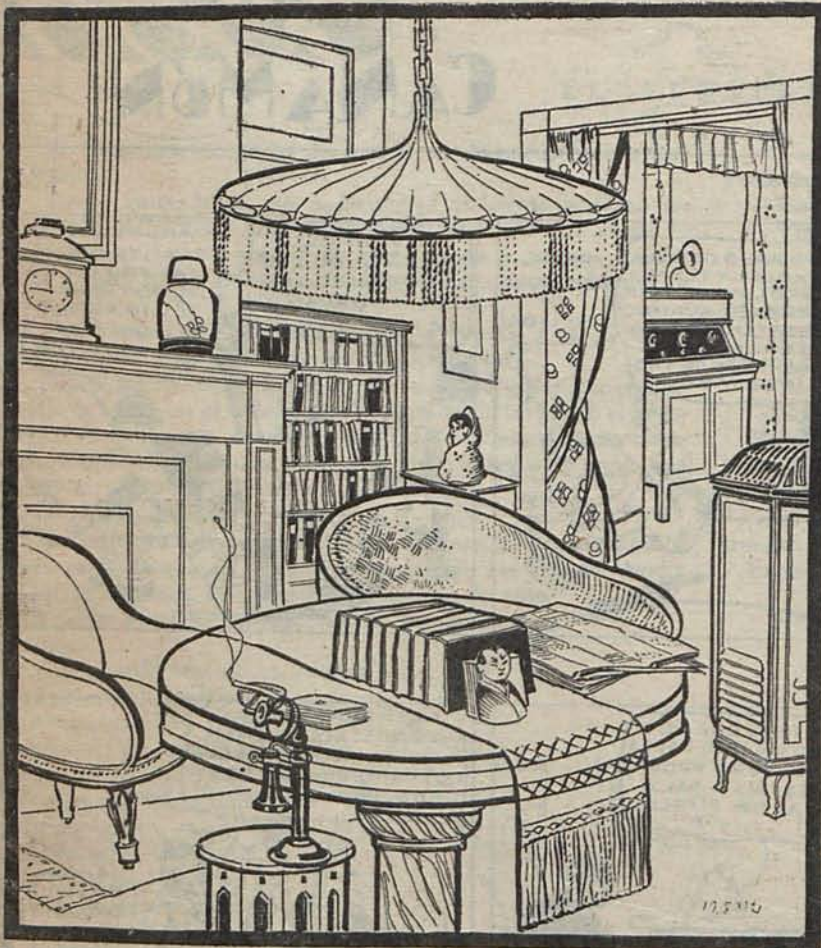
¡YA, YA LO VEO! ¡PERO LO QUE ES OTRA VEZ! ¡DIRE COMO MI TIO ARTEMIO CUANDO LE LLEVABAN A LA HORCA: "ESTO VA A SERVIRME DE LECCIÓN"!

CUANDO GASTES ESA ESCOBA, PANCHITO, TENGO AQUÍ OTRA PARA TI.

CONCURSOS PERMANENTES

EL DE PROBLEMAS

EJERCICIO DE OBSERVACIÓN



LA CIGARRA Y LAS HORMIGAS



Deseoso de que cultivéis vuestra memoria y vuestras condiciones de observación, os doy este dibujo, como hace tiempo os di uno de un escaparate de un bazar, con objeto de que, fijándoos con detenimiento durante unos minutos, apartéis la vista del dibujo y recordéis los muebles y utensilios que hay en esta habitación y el lugar en que están colocados.

Si este ejercicio lo hacéis varios niños y fijais un premio, lo ganará el que más cosas recuerde y con más exactitud determine el sitio en donde se hallan.

(Fuera de concurso.)

EL PAJARITO

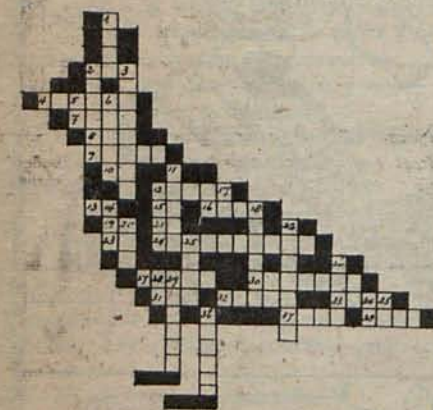
PALABRAS CRUZADAS

INDICACIONES

HORIZONTALES

1. Nombre de mujer.—4. Pasión vehemente.—
7. El mismo, lo mismo.—8. En el mar.—9. En la Iglesia.—10. Nota musical.—12. Sin compañías.
13. Tiempo de verbo.—15. Vocales. 16. Marca de automóvil.—19. Artículo.—21. Contracción.—
23. Nota musical.—24. Animal mamífero.—27. Temperatura.—30. Robo, hurto.—31. En la jarra.
32. Pueblo del Perú.—33. Nombre de varón.—
37. En los techos.—38. En pintura.

VERTICALES



1. Nombre de varón.—2. Sobrenombres.—3. País europeo.—5. Nota musical.—6. Usado en vestidos.—11. Soldado europeo.—12. País del Asia.—14. Condimento.—17. Nota musical.—18. Pueblo productor de petróleo (Perú).—20. Artículo.—22. Nombre de varón.—25. País europeo.—26. En contabilidad.—28. Nota musical.—29. Nombre de soberana.—34. Voz que se emplea para parar la caballería.—35. Artículo.—36. En la costa.

MANUEL JESÚS BARRANTES.
Huacho (Perú). S. A.

Este dibujo, como veis, representa una triste escena. La cigarra se ha pasado cantando todo el verano y el otoño. Los primeros fríos la han sorprendido cantando aún, y como nada hizo por guardar algo, para no morir de hambre tiene que pedir limosna.
Las hormigas son trabajadoras, sí; pero no tienen buen corazón. ¡Ved cómo se rien de la pobre cigarra!
Esta escena la contemplan dos conejitos que están ocultos.... ¿Dónde están ocultos?

(Fuera de concurso.)

138. P. Sección B.

PARA ENCUADERNAR LOS NÚMEROS DE PINOCHO

Estamos preparando preciosas tapas para que los PINOCHISTAS puedan conservar encuadrada la colección de PINOCHO.

Pronto daremos más detalles.

CONCURSOS PERMANENTES

DIBUJOS :: HISTORIETAS :: CHISTES ILUSTRADOS :: CHISTES SIN ILUSTRAR :: CUENTOS ILUSTRADOS O SIN ILUSTRAR

HISTORIETA MUDA



64. H. Sección A.

JOSÉ WOLFGANG GUNTER.—Siete años. Barcelona.

EN UN BAILE, DON PASCUAL, LO PASA BASTANTE MAL



Pascual Bailón va a bailar a una reunión familiar.

—¿Baila usted esta haba-
[nera] conmigo, niña hechicera?

—¡Qué bárbaro; qué de-
[prisa] a todos empuja y pisa!

—¡Caray qué hombre más
[atroz]! Pues no me ha dado una coz!

—Este hombre es un ven-
[dabal]! ¡Qué bárbaro! ¡Qué animal!

—Creo que aquí en alto, al
[fin] me libro del bailarín.

65. H. Sección B.

JUAN A. VALDÉS.—Panamá.

CURRINCHE, POR SER GOLOSO, SE LLEVA UN SUSTO HORROROSO



Por ser hoy San Turulato le obsequian con este plato.

Va Currinche, despacito, a coger un merenguito.

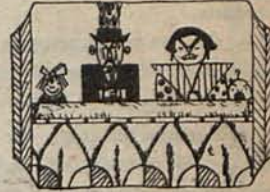
Pero este gato feroz le da al pobre un susto atroz.

Currinche llora y suspira, y el pobre Don Turulato de sus dos pelos se tira.

66. H. Sección B.

PILUCA GUTIÉRREZ.—Diez años. Larache.

LA RADIOTELEMANÍA

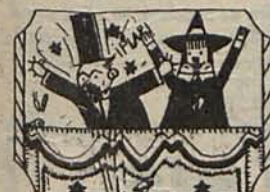


Don Duermepoco, paseando un día, vió un cartel de la Ópera y...

muy contento fué a sacar los billetes para él y para doña Venus, su esposa.

Se instalaron en un palco, esperando el comienzo de la función.

En un entreacto, al señor Roqueta se le ocurre destapar una botella de champán, y...



el tapón, con mucha fuerza, le da en las barbas a don Duermepoco.

Los señores Peláez, que están en el palco de más arriba, al oír el estampido dejan caer los gemelos y...

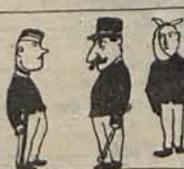
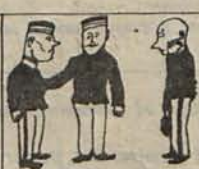
le dan en la cabeza a doña Venus; y se marchan echando pestes del público.

Desde aquella noche oyen las óperas por radio.

67. H. Sección B.

ANTONIO MACIÁ.—Trece años. Elche.

¡ASINA!



—Mi sargento, m' han pegao una bofetá.
—¿Quién?
—Illescas.

—¿Tú has pegao a ése?
—Sí, señor; m' ha cogido el betún.
—Vengan ustés conmigo.

—¿Le has pegado a ése?
—Sí, mi tiniente.
—¿Y cómo ha sido eso?

—¡Asina!

MÁXIMO FERNÁNDEZ.—Catorce años. Miranda de Ebro.

Los Pinochistas cuyos trabajos se publican en esta sección tendrán derecho a pedirnos diez ejemplares del número en que su trabajo aparezca al precio especial de 30 céntimos.

¡A GANAR DINERO Y COSAS BUENAS!

PINOCHO ha pedido a sus amigos un favor muy importante: que le consigan suscritores.

PINOCHO ha ofrecido a sus amigos corresponder a ese favor con lo que él ha llamado **cosas estupendas**, que son las siguientes:

PRIMERA COSA ESTUPENDA.—Por cada suscripción **nueva** de un año, que con su importe (20 pesetas) me remita un Pinochista suscriptor, recibirá un *Cupón-regalo*. Estos *Cupones-regalo* los debéis conservar. Cuando tengáis varios, los podréis canjear por regalos en la siguiente forma:

Enviándome **3 cupones regalo**, recibiréis **una pluma estilográfica**.

Enviándome **6 cupones regalo**, recibiréis **un balón de fútbol**.

Enviándome **10 cupones regalo**, recibiréis **un reloj de pulsera de plata**.

Enviándome **25 cupones regalo**, recibiréis **una máquina fotográfica**.

Enviándome **50 cupones regalo**, recibiréis **un reloj de pulsera de oro**.

Enviándome **100 cupones regalo**, recibiréis **una magnífica bicicleta**.

SEGUNDA COSA ESTUPENDA.—Además, *por cada suscripción nueva de un año* que me remitáis *con su importe*, os regalaré un **lote** de cincuenta números para la rifa de

¡CINCO MIL PESETAS EN METALICO!!

que se sortearán en cuanto esté repartido el **lote** núm. 10.000.

TERCERA COSA ESTUPENDA.—En Navidad de 1926 regalaré **MIL PESETAS** en metálico, a Pinochista que más suscripciones me haya enviado, siempre que su número pase de ciento como *mínimum*.

CORRESPONDENCIA

Joaquín Díez-Canedo. (Madrid).—Ignoro para qué me remites este bonito sello de cinco céntimos, la verdad. Si es para que te conteste sobre los dibujos, particularmente, me permito hacerlo desde aquí, en la seguridad de que no te disgustará. Tus trabajos están bien. La historieta, sobre todo, es una maravilla, con sus soldados, su rebeldía y su fusilamiento. Una verdadera tragedia. Todo lo demás, los chistes ilustrados, también es de mi gusto. Eres un artista.

Con el cupón de concursos me remites un cupón para el sorteo de Navidad. Así no es valedero. Habrás de remitírmelos de una vez, completa la colección. Mi felicitación por tus trabajos, y un abrazo de tu mejor amigo de madera.

Luis Noriega. (Monzón).—He recibido tu carta con los cupones. Vuelvo a repetir en esta ocasión, como en tantas otras, que tales cupones no deben mandarse así, sino de una vez. Los tuyos, como son tantos, no están perdidos. Aquí los guardo, esperando que me envíes tu dirección y el dinero del franqueo, para mandártelos.

José M.^a Aparicio Olleros. (Béjar).—Querido José M.^a: Encantado con algunos de tus chistes, que publicaré; pero no así con tu chiste ilustrado, el cual, aunque es magnífico, quedará sin publicación por el hecho de venir a lápiz.

Paco Vega. (Santander).—No puedo publicar tu dibujo. ¿Y esa tinta?

Angel del Campo. (Madrid).—Vuelvo a releer tu carta, y lamento otra vez, por cuarta, quinta u octava vez, no poder publicar tus trabajos a la brevedad que me pides. Es una lástima, querido Angel, que no te hagas cargo de mi situación, bastante violenta, pues mi gusto está en pugna con mi deber. De una parte quisiera favorecer a todos los Pinochistas; de otra, está mi obligación, mi deber, lo que debo hacer en todo momento.

Pepita Valloé. (Madrid).—Mi queridísima Pepita: ¿Qué voy a decirte de los dibujos que me remites? ¿Es posible decir algo? Todos los adjetivos —hermoso, estupendo, maravilloso, extraordinario— me parecen pálidos, pobres, insuficientes. Tus dibujos están por encima de todo cuanto yo pudiera decirte. Tus dibujos no deben recibir otra contestación que la siguiente: son excelentes, y los publicaré. ¿Puedo decir más?

A Pirula dí a leer las tres líneas que le dedicas en tu carta, y quedó agradecidísima. Recibe muchos besos de su parte. Mío, un abrazo muy apretado.

Miguel Parinas. (Gijón).—Es lástima que yo no pueda publicar tus dibujos. Son buenos, de lo mejor, pero... ¿Y el cupón, querido Miguel? Aquí dejo tus dibujos, sin embargo, esperando que me remitas un cupón por cada uno de aquéllos.

María Dolores Trias Dendariaena. (Pamplona).—Mi querida María Dolores: Tu opinión me satisface mucho. Tantas cartas recibo como la tuya, felicitándome por la última reforma de PINOCHO, que voy a terminar por creer que nunca ha estado mi Revista como ahora, tan bonita, tan chistosa, tan amena. Así me lo aseguran todos los Pinochistas, sin excepción.

En cuanto a los cupones, no es un obstáculo ser suscriptor, ni mucho menos. Me los remitirás de una vez —ya indicamos cómo—, y recibirás, a cambio, los cien números para el sorteo. Y yo, encantado.

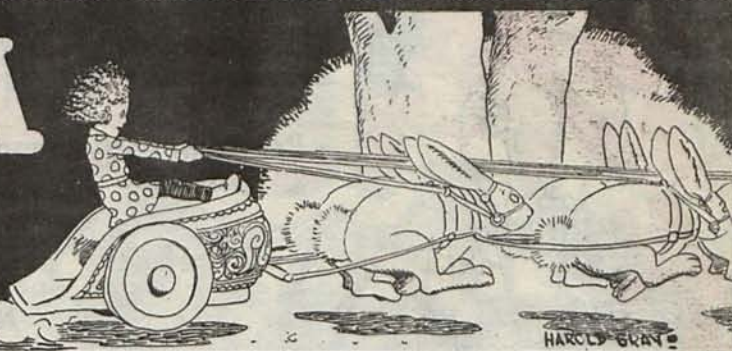
Recibe un abrazo de Pirula, otro mío, y los saludos de D. Turulato, Currinche y el Barón.

Estamos recibiendo algunas colecciones de cupones sin los sellos correspondientes. Advertimos a los Pinochistas que cometen semejante olvido, que no podemos remitir, en este caso, los cien números para el sorteo próximo. Convendría que repasasen los lectores el número 44 de nuestra Revista, donde insertamos las condiciones de este sorteo. Habrán de remitirnos los Pinochistas, con la colección completa de cupones, 50 céntimos si desean recibir los números sin certificar, y 80 si desean recibirlos certificados.

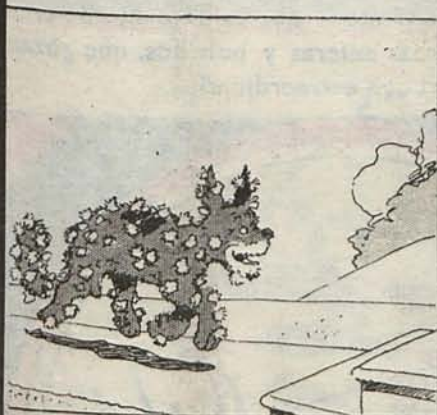
PINOCHO	
CUPÓN DE CONCURSOS	
DEL NUM. 47	El Pinochista D.
de años, y cuyas señas son	
remite un trabajo para el Concurso de (1).	
Fecha (Si es suscriptor, poner el número)	
<small>(1) Indicar el que sea. Leer bien las condiciones; si falta alguna, no vale el envío. Poned en el sobre: EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Concursos PINOCHO. Apartado 447. — Madrid.</small>	

ANITA

BUEN-CORAZON



HAROLD GRANT





SECCIÓN PIRULA

PIRULA, BORDADORA

Motivos a punto de cruz.—Os pasa exactamente lo mismo que a mí, lectorcitas queridas;

y es que a todas nos encanta el punto de cruz.

Precisamente por eso tengo la seguridad de que os doy una buena noticia al anunciaros que este punto está actualmente muy de moda.

Y es justicia; es facilísimo, y pueden hacerlo hasta las nenas que empiezan a bordar.

Para que salga con regularidad apenas requiere un poco de atención al contar los puntos, sin que esto canse nunca la vista.

Y combinando los colores y los dibujos con buen gusto y originalidad —que es lo que hacemos siempre, ¿no?— resultan verdaderas preciosidades, propias para cualquier labor, y más que nada para hacer unas franjas, a las que van pegados, frunciéndolas, los visillos.

A este género pertenece el adjunto motivo de los tres holandesitos, a los que sólo les falta un molino para creernos transportados, al mirarlos, «En una campiña de la bella Holanda», como dice la canción de *Molinos de viento*, que, sin duda, conocéis.

Las tres figuras pueden reproducirse también por separado, utilizándolas para mantelillos, almohadas o lo que se quiera.

Las nenas llevan el traje, la boca y el gorro, rojos; los zuecos, las manos y la cara, amarillos; las mangas, verdes; el corpiño, azul, en dos matices, claro y oscuro; azul oscuro las medias, y negros los ojos.

Su papá —o su hermano mayor, si preferís— lleva azul en dos tonos el pantalón, con un remiendo verde en dos tonos también; roja, en dos tonos, la blusa, y rojo oscuro los calcetines; amarillos los zuecos, las

manos y la cara; negros los ojos y el gorro; roja la boca.

Pero no vayamos a suponer que el punto de cruz implica necesariamente labores graciosas y bonitas, pero siempre fáciles e ingenuas.

No otro que el punto de cruz es lo que los franceses llaman *petit point* y nosotros llamamos «punto de tapiz».

Se hacen con este punto —que es un punto de cruz muy menudo— sillerías enteras y bolsillos, que gozan actualmente de una boga extraordinaria.



Este punto se presta a una maravillosa y delicadísima matización de colores; pero exige, por su minucia, una paciencia y un cuidado especiales.

Por esto solamente me atrevo a aconsejarlo a mis lectoras mayorcitas... y a sus mamás.

Hallarán en la revista *Mujer*, número 17, publicado el 16 de diciembre (primero publicado) un admirable dibujo de bolsillo a punto de tapiz, que seguramente

les interesará, pues si así, en negro, el dibujo tiene poca vista, realizado en los tonos indicados es de un efecto sorprendente.

□ □ □

Corrida de toros. — Por una vez voy a faltar a mi principio de ofreceros solamente dibujos muy fáciles de realizar.

Esta corrida de toros es algo difícil de reproducir con telas recortadas, lo confieso. Pero ¡es tan gracioso!...

□ □ □

